
JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
LA PELÍCULA MALDITA
Lectulandia

«Su final es tu principio».

Ya sé lo que os estáis preguntando: ¿qué hace una chica como yo en un rodaje de Hollywood? ¿Acaso hay un objeto peligroso perdido en los estudios de cine más famosos del planeta? ¡Eso es justo lo que pretendo descifrar!

Una serie de desdichas amenaza el rodaje de la nueva película de la famosa Rita Turner: los guionistas desaparecen, las cuerdas de seguridad se rompen y el presupuesto de la producción está en las últimas. El director de la película, el hermano de lord Thomsing, ha acudido a nosotros en busca de ayuda, porque sospecha que las catástrofes podrían estar relacionadas entre sí. Para llegar al fondo del asunto, hemos venido en persona a investigar. Y, claro, para pasar desapercibida ¿qué mejor idea que convertirme en doble de riesgo?

Es momento de entrar en escena y descubrir qué o quién está detrás de esto. Luces, cámara… ¡acción!

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

La pelicula maldita

Amanda Black - 10

ePub r1.0

Titivillus 02.12.2024

Título original: *La pelicula maldita*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara y Juan quieren dedicar este libro
a Henar y Marina

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda. No solo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Sus tres personas favoritas del mundo son su madre, Amanda y Esme, de quien, además, está superenamorado.



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que

esta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: va al instituto con Amanda y Eric, y, de hecho, los tres son inseparables. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida, pero mientras tanto, se alegra de tenerla como amiga y estar siempre al tanto de sus últimas aventuras. Hace poco comenzó a salir con Eric y ambos están muy enamorados. A los dos les encanta pasar tiempo con Amanda, pero esta siempre está buscando la manera de conseguir que Esme y Eric pasen tiempo a solas.



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la Antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



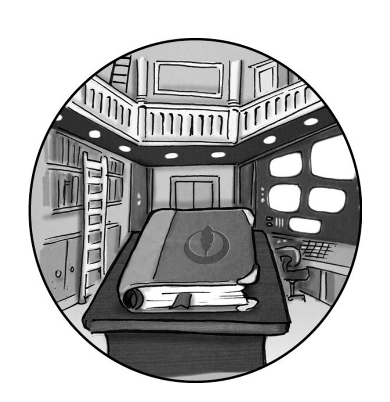
Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de

las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden usarla para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).




EL DÍA QUE CUMPLÍ TRECE AÑOS RECIBÍ UNA CARTA MISTERIOSA.


ASÍ SUPE QUE SOY LA HEREDERA DE UN CULTO DEDICADO A LA DIOSA MAAT QUE SE REMONTA AL ANTIGUO EGIPTO.


¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? QUE DEBO SACAR DE LA CIRCULACIÓN OBJETOS QUE SEAN PELIGROSOS PARA LA HUMANIDAD.
Y POR «SACAR DE LA CIRCULACIÓN» ME REFIERO A ROBAR.
MI HERENCIA CONLLEVA ALGUNOS DONES, COMO UNA FUERZA Y UNA VELOCIDAD EXTRAORDINARIAS (SIN SER YO UNA SUPERHEROÍNA NI NADA DE ESO).

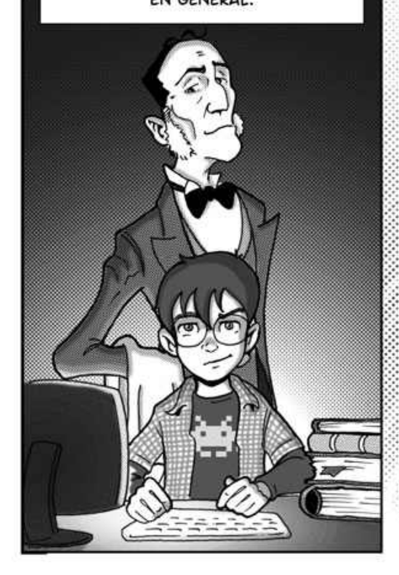
POR CIERTO, MIS PADRES DESAPARECIERON POCO DESPUÉS DE QUE NACIERA Y ME HE CRIADO CON MI TÍA ABUELA PAULA.





LA TÍA PAULA ME ENTRENA PARA DESARROLLAR AL MÁXIMO MIS HABILIDADES Y PODER LLEVAR A CABO TODAS LAS MISIONES CON ÉXITO.

TAMBIÉN CUENTO CON LA AYUDA DE BENSON, NUESTRO PECULIAR MAYORDOMO, Y LA DE ERIC, MI MEJOR AMIGO, UN GENIO DE LOS ORDENADORES Y DE LA TECNOLOGÍA EN GENERAL.



ME LLAMO

AMANDA BLACK

Y ÉSTA ES MI HISTORIA.

Prólogo

Intento apoyar la mano para moverme, pero al hacerlo me doy cuenta de que algo extraño me está sucediendo.

Siento que no tengo fuerza y me desplomo de lado, arrastrando en la caída la botella que he dejado junto a mí. Acabo tumbada de lado en el suelo del armario. Mi mejilla reposa sobre el charco que se ha formado al derramar la escasa agua que quedaba en el recipiente. Tengo un brazo atrapado debajo del cuerpo y el otro, sobre el suelo, frente a los ojos. Intento alzarlo.

Mi cerebro da la orden, pero la mano no obedece.

Vuelvo a intentarlo, obteniendo el mismo resultado.

Por si acaso, lo intento una última vez.

Nada.

No puedo moverme.

Trato de sacudir las piernas.

Tampoco tengo éxito.

Estoy paralizada por completo.

—¿Qué ha sido eso? —dice la voz que parece un gruñido. Ha sonado como «*casío* eso». Es como si ese hombre tuviese tanta hambre que necesitara comerse las letras cuando habla. En mi cabeza empiezo a llamarlo «Glotón».

—Ni idea, voy a ver. —La otra voz es siseante y rasposa. Me recuerda a un reptil, algo muy apropiado si pienso en sus horrorosos zapatos de piel de serpiente. Lo bautizo como «Cobra».

Escucho los pasos acercarse de nuevo hacia el dormitorio. Si abre la puerta del armario, estaré en un aprieto.

Preveo ciertas dificultades para defenderme, más que nada por aquello de que no puedo moverme.

1

La lluvia repiqueteaba impaciente contra el cristal del ventanal de la salita de estar, donde me encontraba haciendo lo que hace cualquier persona de mi edad en una tarde de sábado tormentosa: nada.

Nada en absoluto.

Me limitaba a aburrirme y a continuar existiendo tirada en el sofá, con las piernas apoyadas en el respaldo y la cabeza colgando desde el asiento. Entre las manos, por encima de mis ojos, sostenía un cómic, uno que había leído ya unas mil veces. Vez arriba, vez abajo.

Eric había quedado con Esme para ir al cine y yo ya estaba arrepintiéndome de no haberme unido a su plan. Sí, yo ahora salía con Hiro; y sí, él se había mudado a mi ciudad. Hasta ahí todo bien, pero se había unido a un grupo de…, cómo explicarlo…, un grupo de chicos y chicas muy parecidos a mí, los Herederos. También se dedicaban a salvar al mundo de amenazas y, al igual que yo, solían estar ocupados los fines de semana… Solo que aquel en concreto yo no tenía ninguna misión y, como decía, me aburría como se aburre un balón, perdido y solitario, sin niños que jueguen con él. Me aburría como solo sabe aburrirse una adolescente: a lo grande. Sin hacer nada por evitarlo.

Casi podría decirse que disfrutaba de mi aburrimiento.

Podría haber decidido ver una película o una serie, podría haberme puesto a jugar a un videojuego, podría haber empezado ese libro que compré con tantas ganas y que esperaba sobre mi

mesilla a ser leído, pero no. Aquel sábado lluvioso y triste, yo había elegido aburrirme. Total, era el primer día de las vacaciones y tenía más de una semana por delante para hacer cosas.

Tal vez aquel clima gris, húmedo y melancólico que asolaba la ciudad desde hacía días había conseguido contagiarme. Eso o que, en el fondo, lo que me apetecía era no hacer nada, que también podía ser.

Cuando pasas todo tu tiempo haciendo algo, ya sea salvar al mundo, ir a clase, estudiar o entrenar cualquier habilidad hasta acabar rendida, al final necesitas un día —o siete— de no hacer nada.

Ni siquiera había llegado a terminar el habitual entrenamiento con la tía Paula, ya que había sido cancelado de manera precipitada cuando un visitante misterioso había llamado al timbre de la Mansión Black.

—¿Quién será a estas horas? —murmuró la tía mirando su reloj de pulsera—. ¿Tú esperas visita, Amanda?

—No, Hiro está en una misión, y Eric y Esme han ido al cine… —repliqué sosteniéndome en una cuerda a cinco metros del suelo.

Aquel día habíamos comenzado la sesión de ejercicios en una de las salas interiores de la mansión. Por supuesto, la había habilitado Benson para que, cuando la lluvia cayese sobre nuestra ciudad, yo pudiese continuar con mi formación en artes marciales, esgrima, gimnasia, ajedrez, krav magá, escalada, submarinismo y lo que surgiese.

Poco después, apareció el mayordomo en la puerta de la enorme habitación. La tía Paula se aproximó hasta él y hablaron en voz baja durante unos instantes. Mientras, yo bajaba de la cuerda dando un salto con voltereta, algo que me divertía mucho y hacía siempre que podía. Mi tía continuaba prestando atención a Benson, no obstante, sus ojos viajaron en mi dirección, alarmados. Solo cuando estuve sana y salva en el suelo, volvió a concentrarse en lo que el mayordomo le decía.

Me acerqué a donde se encontraban los dos adultos y Benson me

sonrió.

—Creo que por hoy ya ha entrenado bastante, mi querida niña —dijo con un guiño.

—Sí, tenemos visita —añadió mi tía—. Thomas ha venido con su hermano, que, por lo que me ha dicho Benson, parece muy alterado. Voy a ver qué sucede. Tú descansa, cariño, por un día que no entrenes no pasa nada.

Y, desde entonces, había ido a mi habitación, me había puesto el pijama y me encontraba en la salita, con la cabeza colgando en un sofá, sin nada mejor que hacer que pasar las páginas de un cómic que me sabía de memoria.

Pensé que podía telefonear a Eric y a Esme cuando saliesen del cine y unirme a ellos, pero eso supondría tener que vestirme… y tampoco era una idea que me entusiasmara.

La tía Paula interrumpió mi hilo de pensamiento entrando en la estancia en la que me encontraba. Debido a mi postura, lo primero que vi de ella fueron sus pies, parados en el umbral de la puerta. Mi mirada escaló hasta sus rodillas para continuar subiendo por la parte alta de las piernas y el torso hasta que, por fin, llegué a su rostro. Me observaba con un gesto entre divertido y curioso, una de sus cejas levantada en un signo de interrogación.

Me di media vuelta y me incorporé hasta adoptar una posición más normal, esto es, sentada en el sofá.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Creo que deberías escuchar lo que ha venido a contarnos Richard, el hermano de Thomas. Puede que te interese.

Y, con esa sencilla frase, llegó a su fin mi aburrimiento.

Y con él, también me despedí de mis vacaciones.

2

—Pero ¿qué le hace pensar que hay un objeto maldito implicado en todo este asunto? —pregunté tras escuchar el resumen apresurado de lo que sucedía que me hizo mi tía.

—No, si yo no tengo ni idea, es lo que piensan mi hermano y su tía Paula —replicó lord Richard Thomsing quien, como su hermano Thomas, era un lord inglés… Y ese era todo el parecido que existía entre ellos.

Lord Thomas era alto, su constitución delgada, pero atlética; de porte distinguido y elegante; y ya había demostrado que, además, era un aventurero experimentado y valiente. En cambio, su hermano tenía el aspecto que se le atribuye a un ratoncito de biblioteca: no muy alto; ojos miopes parapetados tras unas gafas de montura metálica; nariz y labios pequeños y delicados; delgado como una hoja de papel cuando se la mira de perfil; y, si aquel cuerpo poseía algún músculo muy desarrollado, debía ser tan solo en el cerebro… O los que ponen en movimiento las pestañas. No obstante, irradiaba simpatía e inteligencia. Sus movimientos eran pausados y transmitían seguridad, a pesar de lo inquieto y asustado que se encontraba por todo lo que estaba sucediendo en el rodaje de la que sería su siguiente película… Si es que no era cancelada. Vestía zapatos de cordones negros, pantalones de lana del mismo color y un jersey fino de manga larga y cuello de cisne, por supuesto, de color negro. Se protegía la garganta con una bufanda a cuadros en diferentes tonalidades de grises, lo que me indicó que, con toda probabilidad, aquel hombre temía resfriarse y perder la

voz, de lo contrario no habría ido tan abrigado dentro de casa, donde la temperatura era cálida y agradable a pesar de la lluvia que azotaba la ciudad.

—Cuéntale a Amanda lo mismo que nos has contado a nosotros. No omitas ningún detalle, Richard, querido —le pidió la tía Paula —. Veamos a qué conclusiones llega ella.

Nos sentamos en los sofás de la salita; lord Thomas, lord Richard y la tía Paula en uno y yo en el otro, frente a ellos. Benson trajo una bandeja con una tetera, tazas y unas pastas y sirvió la bebida para, a continuación, sentarse a mi lado.



Lord Richard me contó que había comenzado el rodaje de la película hacía apenas una semana. Se trataba de una superproducción protagonizada por la estrella infantil del momento: Rita Turner quien, con tan solo catorce años, ya era la actriz más cotizada de Hollywood. La joven se había hecho, hacía ya tres años,

con el papel principal de lo que había resultado ser todo un éxito: una serie de películas sobre una joven aventurera, siempre al borde de la muerte, siempre inmersa en peripecias emocionantes y peligrosas, siempre salvando al mundo de un destino horripilante.

—¡No me diga que está trabajando con Rita Turner! —exclamé, interrumpiendo la narración de lord Richard—. ¡La adoro! ¡Es tan divertida y tan guapa!

—Amanda, no interrumpas a Richard —me regañó la tía Paula —. Esto es muy importante.

—No le riñas, Paula —río lord Thomas—. Cómo se nota que no tienes redes sociales… Rita es una estrella a la que todas las niñas y los niños del planeta admiran. Ahora mismo esa chica es lo más… Es normal que Amanda se haya emocionado tanto —concluyó lanzándome un guiño, gesto al que respondí con una mirada de agradecimiento.

Mi tía no entendía lo mucho que significaba Rita Turner para mí. Admiraba muchísimo su trabajo y también a ella.

—Sí, estoy trabajando con Rita —explicó lord Richard—. Soy el director y uno de los guionistas de la película, pero a este paso, no creo que podamos acabarla…

—¡No! —me lamenté—. Estoy deseando que se estrene… Y todos mis amigos también. ¡Tiene que acabarla! Cuénteme qué ocurre y, si puedo, le ayudaré.

—Acabaría antes contándote qué no ocurre… —suspiró con desánimo—. Desde que comenzamos el rodaje, todo ha ido de mal en peor… No ha habido ni un solo día en que no tuviésemos algún accidente… unos más graves que otros. El primer día hubo un incendio a causa del cual perdimos uno de los decorados más importantes, así que hemos tenido que reorganizarlo todo mientras vuelven a construirlo…, con el inmenso coste que eso supone. También hemos tenido pequeños contratiempos: un cámara que se torció un tobillo y terminó con un esguince, una intoxicación alimentaria que afectó a todos en el set, cosas que se pierden y aparecen en los lugares más inesperados… Y eso sin contar que el

otro guionista, Victor Lab, amigo mío desde la universidad, ha desaparecido. No somos capaces de dar con él. No responde al teléfono, ni está en su casa… Espero que se encuentre bien… Sin embargo, lo peor ocurrió ayer… —El hombre se interrumpió, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—¿Qué pasó ayer? —pregunté en voz baja. Por su gesto de pesar, supe que algo horroroso había sucedido.

Lord Richard suspiró antes de continuar:

—Ayer, la doble de acción de Rita, Lena, una chica encantadora, muy alegre, llena de amor por la vida y por su trabajo… Bueno, pues ayer, Lena sufrió un accidente horrible mientras ensayábamos una escena… El sistema de seguridad falló y se cayó desde una altura de siete metros. Se encuentra ingresada en el hospital en estado muy grave… y yo estoy pensando en suspender el rodaje. No es lo que deseo, esta película es muy importante para mi carrera, pero no puedo permitir que mi equipo corra ningún riesgo. Mucho menos uno que les pueda suponer la muerte.

Se hizo el silencio. Lord Thomas pasó un brazo sobre los hombros de su hermano en un intento por consolarlo. Los ojos asustados del hombre viajaron de la tía Paula a mí, esperando una solución milagrosa a sus problemas.

—¿Qué opinas, Amanda? —preguntó por fin mi tía.

—No lo sé… Podría tratarse de un artefacto, sí. Sin embargo, podría haber otras causas…

—Como una maldición… —propuso la tía Paula.

—O simple mala suerte —añadió lord Thomas—. Casualidad.

Su hermano pareció deshincharse a causa de la desilusión. Al ver cómo la desesperación se adueñaba de él, dije:

—Aun así, me gustaría ayudarle, lord Richard. Creo que no perdemos nada por intentarlo… ¿No, tía?

—Eso creo yo, cariño. Al fin y al cabo, estás de vacaciones.

—Necesitaré a Eric, por supuesto… ¡Qué bien me vendría que estuviese aquí ahora mismo! —comenté dándome una palmada en la pierna y poniéndome en pie.

—Oh, está de camino —intervino Benson—. Me he permitido telefonearle hace un rato, cuando acabó la película que había ido a ver con la señorita Esme. Pensé que necesitaría su ayuda.

Benson se adelantaba, una vez más, a mis necesidades… Y, de nuevo, yo me sorprendía por ello. No terminaba de acostumbrarme a esa capacidad suya de anticiparse a todo, pero no podía negar que me encantaba.

—Perfecto —asentí satisfecha caminando por la sala—. Necesitamos infiltrarnos en el rodaje con alguna excusa creíble… Eric podrá ayudarme a darle forma a algo que se me acaba de ocurrir…

Aquella misión no era como las demás, no sabíamos si había algún objeto maldito haciendo de las suyas, si era una mano humana la culpable… o tan solo simple mala suerte. Iba a necesitar toda mi inteligencia y gran parte de la de Eric… o lo mismo era mejor dejarle a él todo lo referente a la inteligencia. En cualquier caso, si queríamos ayudar a lord Richard, tendríamos que averiguar qué o quién estaba detrás de todos aquellos accidentes… Si es que había algo o alguien, claro. Pero lo importante era que tendríamos que poner a prueba nuestras dotes detectivescas.

Y aquel no era nuestro punto más fuerte.

3

—No sé… —dijo Eric rascándose la cabeza—. ¿Tú te ves capaz de hacer eso? Parece sencillo, pero es bastante difícil.

Había llegado hacía una media hora y ya le había puesto al corriente de lo ocurrido y le había explicado mi idea.

—Vamos a ver, Eric —resoplé—, que me ha perseguido un tiburón, me han tirado atada de pies y manos al río Nilo, he huido de templos que se derrumbaban, he saltado a un tren en marcha, me he enfrentado a un kraken, o casi… —añadí guiñándole un ojo a lord Thomas, que fue quien me ayudó en aquella ocasión—. Por mencionar solo algunas cosas. Supongo que esto no será ni la mitad de difícil. Además, habrá medidas de seguridad, lo que nunca hemos tenido.

—Visto así… —aceptó mi amigo encogiéndose de hombros—. ¿Y yo? ¿Cómo me infiltro yo?

—Serás mi ayudante, por supuesto —repliqué satisfecha. Mi plan parecía viable, no había dejado cabos sueltos—. Podemos decir que soy algo rarita y que necesito llevar a mi ayudante a todas partes. Que te encargas de revisarlo todo antes de que yo entre en acción.

—Pero ¿por qué tenemos que ir de incógnito? —quiso saber Eric.

—Porque todo esto podría estar causado por alguien… O no, no lo sabemos —expliqué—. Y, como no lo sabemos, es mejor que nadie sepa quiénes somos en realidad. Si hay alguien detrás de todo esto, podríamos conseguir justo lo que no queremos: que sea más

difícil dar con dicha persona.

—Ah… Ya entiendo… Sí, puede servir lo que propones. ¿Cómo lo ve usted, lord Thomsing? —preguntó Eric.

—¿Por qué me preguntas a mí? —se extrañó lord Thomas Thomsing.

—No, no, le preguntaba a su hermano, a lord Richard —aclaró Eric.

Lord Richard pareció meditar durante unos instantes en los que sus ojos se entornaron a la vez que se frotaba la barbilla con la mano derecha.

—Creo que podría funcionar —dijo por fin—. Sí, podría funcionar. Me parece una idea estupenda.

—¿No será muy peligroso para Amanda? —insistió Eric.

—Por lo que sé de vosotros, no más que un día cualquiera en vuestra vida —replicó el hombre con una sonrisa—. No te preocupes, muchacho. Como ha dicho la señorita Black, en el rodaje hay medidas de seguridad… Puedes estar seguro de que, tras lo que sucedió ayer, no vamos a dejar nada a la suerte. He dado orden de extremar la seguridad en todo el set y para todos los empleados.

—Muy bien, si estamos todos de acuerdo, Amanda será la nueva doble de acción de Rita Turner y Eric su ayudante —zanjó la tía Paula—. Creo que has tenido una idea muy buena, cariño. Os da la oportunidad de investigar todo lo que está sucediendo en el rodaje sin levantar sospechas.

—¡Un momento! —interrumpió Eric—. Queda algo de lo que no hemos hablado. —Me lanzó una mirada rápida antes de fijar de nuevo los ojos en mi tía—. En este caso, estaríamos utilizando los poderes Black para algo que no es recuperar un objeto o salvar a la humanidad. ¿Eso no está prohibido?

—No, Eric —explicó Benson—, lo que está prohibido es utilizarlos en beneficio propio y la señorita Amanda no estaría haciendo eso… Además, todavía no sabemos si hay implicado algún artefacto peligroso para la humanidad. Lo único, lord Richard —dijo dirigiéndose al director de cine—, preferiríamos que el nombre

de Amanda no apareciera en los créditos.

Tanto la tía Paula como yo asentimos en silencio, se nos había olvidado por completo a las dos. Menos mal que Benson estaba en todo. Era mejor que mi nombre permaneciese en secreto, no queríamos llamar la atención sobre nosotras, las últimas Black.

—No habrá problema con eso, no se preocupen —aseguró lord Richard—. El rostro de Amanda no saldrá en pantalla. En cuanto al nombre, puede trabajar con un pseudónimo o no aparecer en absoluto, lo que prefieran.

—Entonces, ¿decidido? —preguntó mi tía a Eric.

—Sí —confirmó mi amigo—. Decidido.

—¿Cuándo podéis empezar? —preguntó lord Richard.

—Mañana mismo podríamos estar allí —afirmó Benson—. Llevaré al señorito Eric a su casa para que haga la maleta. Saldremos hacia Los Ángeles esta noche en uno de los aviones Black. Ahora, si me disculpan, hay muchas cosas que organizar. —Se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta, pero antes de atravesarla, se giró para hablar con mi amigo—: Le espero en treinta minutos en la entrada principal, no se retrase. Antes de llevarle a casa, debo darle algo. ¡Ah! Y no espere dormir mucho durante el vuelo, tendré que enseñarle a utilizar algunas herramientas que creo que va a necesitar en esta misión.

—Seré puntual, Benson. Y no me dormiré en el avión. —Eric sonreía.

El mayordomo asintió en silencio satisfecho y salió de la estancia con paso rápido.

—¿Queréis tomar algo? —les preguntó la tía Paula a Richard y Thomas Thomsing.

—Estoy muerto de hambre. Con los nervios de todo lo sucedido, desde ayer no he probado bocado —confirmó lord Richard.

Las pastas que había traído Benson con el té reposaban sobre la mesa. Nadie las había tocado.

—Vayamos a la cocina, prepararemos algo. Eric, Amanda, venid con nosotros si tenéis hambre —propuso mi tía.

Miré a Eric, que me devolvió la mirada… y entendió enseguida cómo me sentía. Lo último en lo que yo pensaba era en comer. ¡Iba a conocer a Rita Turner! ¡Mi adorada Rita Turner!

Estaba demasiado nerviosa como para pensar en otra cosa. Además, conocía a mi tía lo suficiente como para saber que lo que nos estaba ofreciendo no era algo rico, al contrario, era algo sano… y, según mi experiencia, hubiese sido una rareza de la naturaleza que los adjetivos «sano» y «rico» coincidiesen en algún alimento.

—Yo no tengo hambre —dije.

—Yo tampoco —confirmó Eric—. Me he hinchado a palomitas en el cine.

Los adultos se marcharon a la cocina. Yo miré a mi amigo intentando contener mi alegría, pero no salió bien del todo.

—Venga, suéltalo —suspiró Eric.

Un grito unos cuantos puntos demasiado agudo para los oídos de mi amigo se escapó de mi garganta a la vez que corría hacia él, le sujetaba por los brazos y saltaba de alegría.

—¡Voy a conocer a Rita! ¡Voy a conocer a Rita! —exclamaba con cada uno de los saltitos. Eric me miraba con un gesto entre divertido y aburrido.

—No es para tanto, Amanda.

—¿Cómo que no es para tanto? —pregunté, permitiendo que algo muy parecido a la indignación se filtrase en mi voz—. ¿Cómo que no es para tanto? ¡Es la estrella del momento! Es valiente, divertida y guapa. Todo el mundo quiere ser como ella, todos quieren ser sus amigos… ¡Y nosotros podemos conseguirlo!

—¡Qué fuerte! —me interrumpió Eric—. Estás deseando conocer a una persona que se ha hecho famosa interpretando a alguien que se parece bastante a ti. Sabes que ella no hace todas esas cosas, ¿no? Sabes que ella no ha salvado a nadie, nunca, ¿no? ¿Lo sabes?

—Yo no me parezco a ella —resoplé—. ¡Ya me gustaría a mí!

—Amanda, tú haces en la vida real todas esas cosas que ella hace en la pantalla. Si alguien tiene que admirar a alguien, es ella a ti.

—Ya, lo que tú digas, pero, por lo que sea, nadie sabe las cosas que hago.

—Yo lo sé, Esme lo sabe, Hiro lo sabe… Las personas que te rodean lo saben. Si todo el mundo lo supiese, te admiraría a ti y no a una actriz.

—Eres un aguafiestas —refunfuñé cruzándome de brazos.

—No… o sí… Yo qué sé. Mira, Amanda, es solo que no quiero que te decepciones cuando la conozcas. Una cosa es el personaje y otra muy diferente la actriz que lo interpreta.

—Bueno, pero me puede hacer ilusión conocerla, ¿no?

—Vaaaaaale —accedió Eric—, pero no te decepciones si luego no es como esperas.

—No lo haré, recordaré lo que me has dicho. Ahora… ¡nos vamos a Hollywood! —grité de nuevo entre risas.

—Y vas a ser la doble de tu actriz favorita, no te olvides —añadió Eric, agitando el dedo índice en el aire.

—¡Y voy a ser la doble de mi actriz favorita!

—Y ¡qué fuerte! ¡No tenemos ni idea de por dónde empezar a buscar!

—¡Y no tenemos ni…! —Miré a Eric y puse los ojos en blanco. Mis labios formaron una línea recta y un resoplido escapó de mis fosas nasales.

Eric me devolvía la mirada con una sonrisa pícara, lo que consiguió que me fuese imposible enfadarme con él. Me aproximé al sofá y me dejé caer en el asiento tapándome la cara con las manos.

—Tienes que reconocer que tengo razón —dijo con un suspiro—. No sabemos qué estamos buscando, podría ser cualquier cosa. Hasta lord Thomas lo ha dicho: puede ser mala suerte, una maldición, un artefacto… ¡No tenemos ni idea!

Sí, tenía que reconocer que Eric tenía razón, no sabíamos qué o a quién estábamos buscando. Ni siquiera sabíamos si había algo o a alguien a quien buscar.

Pensándolo mejor, aquella misión podría convertirse a toda velocidad en una de las más difíciles de todas las que habíamos

tenido. Empezaba a entender el motivo por el que mi amigo no estaba tan emocionado como yo. Se había dado cuenta desde el principio de las dificultades y los peligros a los que nos íbamos a enfrentar. Eso sin contar con que cualquier empleado de lord Richard formaría parte de nuestra lista inicial de sospechosos… y eran muchos sospechosos para empezar.

No quedaba ni rastro de mi alegría inicial, se había deshinchado como un flotador pinchado.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —pregunté con trazas de desesperación en la voz—. ¿Por dónde vamos a empezar?

Eric se sentó junto a mí y me pasó el brazo por los hombros en un intento por consolarme.

—No lo sé, pero ahora estás donde tenías que estar, pensando en la misión y no en Rita Turner.

Me deshice de su brazo y le di un manotazo suave en el hombro.

—Eres idiota —refunfuñé.

—Sí, pero un idiota preocupado por ti. —Hizo una pausa antes de continuar—: Mira, vamos a estar en una situación en la que habrá muchas personas… demasiadas, y tienes que mantener tus poderes ocultos. Tampoco sabemos si hay alguien involucrado en todo lo que está sucediendo. Si es así, podrías correr peligro… demasiado. Y, para terminar, si hay algún objeto maldito… En un rodaje va a ser complicado dar con él, hay muchos objetos… demasiados.

Sí, comenzaba a darme cuenta de que aquella misión podía ser mucho para nosotros…

Demasiado.

4

Llegar a los estudios donde se rodaba la película fue como poner los pies en otro planeta. Se trataba de un complejo enorme, como una ciudad en miniatura poblada por inmensas naves de muros eternos de color blanco y techos grises. Lord Richard Thomsing nos contó que era en su interior donde se rodaban y grababan las películas, series y programas de televisión del estudio. Era uno de los más importantes de Hollywood y también uno de los más antiguos, ya que fue fundado en 1910, aunque lo habían ampliado varias veces a lo largo de los años.

Nos contó que también había edificios de tamaño más reducido en los que se encontraban las oficinas. Y, además, otras zonas que imitaban calles de distintas ciudades y barrios enteros construidos en diferentes estilos arquitectónicos. Había hasta un pueblo costero y uno del lejano oeste. Todos eran decorados para rodar exteriores de manera más económica.

Por supuesto, los sets de la película en la que íbamos a participar nosotros se situaban en una de las naves más grandes. Habían necesitado levantar diferentes decorados, ya que la acción transcurría en muchas localizaciones. Eso sin contar con las escenas que se grabarían en exteriores, no en los que se encontraban en aquel complejo, sino en otros países; no eran muchas, pero añadían más dificultad al rodaje.

Lord Richard nos hizo un *tour* guiado por todos los terrenos del estudio. Nos llevó de un lado a otro en lo que a mí me pareció uno de esos carritos de golf que sirven para llevar a los golfistas de hoyo

a hoyo, pero algo más grande. Eric y yo apenas prestábamos atención a lo que nos iba diciendo el director, ya que estábamos demasiado ocupados intentando reconocer a alguna estrella de cine. De hecho, la tía Paula tuvo que llamarnos la atención un par de veces debido al escándalo que íbamos montando.

Por fin llegamos al edificio en el que se rodaba la película. Era como todos los demás, pero bastante más grande. Se trataba de una nave inmensa, como un hangar para aviones, de paredes blancas, altas y rectas. En su parte frontal había dos grandes portones corredizos y, cuando digo «grandes», me refiero a muy grandes. Cada uno de ellos debía de tener unos diez u once metros de altura y unos cincuenta de anchura.

Me encaminé hacia ellos, pero antes de alcanzarlos, vi que lord Richard abría una puerta de tamaño normal situada junto a aquellas dos monstruosidades y nos dirigía un gesto invitándonos a entrar.

—Por ahí no, Amanda —me dijo el hombre—. Esas solo se abren cuando necesitamos meter en el estudio cosas de gran tamaño, ya sabes, grúas, partes del decorado y cosas así.

Corregí el rumbo sobre la marcha sintiéndome una auténtica idiota ante el gesto de Eric, que intentaba tragarse una carcajada.

El interior de la nave era fresco y oscuro. Las paredes escalaban hasta perderse en las sombras, lo que daba una sensación de amplitud. La extensión del interior de la nave confirmaba esa misma sensación, era como estar al aire libre, pero sin estarlo. Aquello era inmenso y, al mismo tiempo, lleno de vida, casi superpoblado. Había más personas de las que podía contar. Me pareció asistir a un baile coreografiado en el que cada cual sabía a la perfección lo que tenía que hacer, por dónde debía ir y cómo tenía que moverse para no chocarse con otros.

Eric me daba codazos cada pocos segundos para llamarme la atención y, cuando la obtenía, señalaba en dirección a algo cada vez distinto: un decorado, un ordenador, una cámara, un señor con bigote… Todo le maravillaba.

—¡Qué fuerte! —dijo en mi oído unos instantes después.

—¿Qué es ahora? ¿Has visto una bombilla o algo así?

—No, ahí la tienes. —Señaló con disimulo—. Rita Turner.

Seguí la dirección de su dedo sin apenas poder contener la emoción hasta que la vi.

En la vida real era aún más maravillosa.

—Mírala, si hasta irradia una luz especial —dije embelesada.

—Amanda, que está debajo de un foco —replicó mi amigo con un resoplido.

Rita estaba ya caracterizada como el personaje que interpretaba: Alessandra Frat, una joven aventurera empeñada en arrebatar objetos mágicos al villano de turno, quien siempre deseaba hacerse con el artefacto para llevar a cabo sus malévolos planes. Por supuesto, Alessandra tenía un pasado trágico e intentaba honrar con sus acciones la memoria de su padre, también aventurero de profesión, desaparecido y dado por muerto años antes.

Lord Richard nos lanzó una mirada divertida y llamó a Rita para que se acercase.

—¡Rita! Ven un momento, quiero presentarte a alguien —explicó el hombre.

Yo me puse muy nerviosa e intenté esconderme detrás de Eric, que me lo impidió con un empujón muy poco discreto en la espalda. Luego me sujetó del brazo para obligarme a mantenerme a su lado.

Rita se acercó con lentitud, saludando aquí y allá a los trabajadores con los que se cruzaba. Su melena azabache, a la altura del hombro, refulgía bajo la iluminación de los focos y se bamboleaba a un lado y a otro con cada uno de sus pasos. Era más o menos de mi misma estatura, de rostro fino y hermoso en el que destacaban los ojos, grandes y redondos, enmarcados por pestañas largas y oscuras. Una sonrisa suave se extendía por sus labios, sonrosados como fresas —tal vez debido al maquillaje, no lo sabía a ciencia cierta—. Hasta su nariz era perfecta: pequeña, respingona, cubierta por pecas suaves y delicadas. Miré a Eric, que tenía los ojos fijos en la joven.

—¿Qué? Igualita que yo, dices, ¿no? —susurré en su oído.

—No tienes nada que envidiarle, en serio. Ella no puede hacer las cosas que tú haces —siseo mi amigo—. Y sí, os parecéis bastante… Ella va maquillada, me juego algo.

—¡Bah! No tienes ni idea —repliqué riendo.

Durante esa breve conversación, Rita había llegado a donde nos encontrábamos y nos miraba con curiosidad.

—Rita, esta es Amanda Clarkson —me presentó lord Richard utilizando ya el pseudónimo que utilizaría—. Va a ser tu nueva doble de acción. —Luego señaló a mi amigo—: Y este de aquí es Eric, su ayudante.

Rita apenas me miró e hizo un leve asentimiento con la cabeza. No obstante, sí se giró hacia Eric, dándome casi la espalda en el movimiento, y le dedicó una sonrisa abierta y preciosa llena de dientes blancos y perfectos.

—Encantada, Eric —dijo con aquella sonrisa cautivadora tatuada en la cara—. ¿Cómo es que una simple doble de acción necesita un ayudante?



—Por seguridad, por supuesto —comentó Eric sin titubear. Como era habitual en él, se había preparado a conciencia—. Amanda tiene muy mala memoria, así que solemos revisar juntos todo lo que necesita para cada una de las escenas que graba y yo me ocupo de que se haga tal y como ella quiere. Es la mejor en lo

suyo y no puedo permitir que corra riesgos innecesarios.

La respuesta consiguió que Rita me dedicase una mirada de arriba a abajo puntuada por una ceja alzada en un gesto cuyo significado me pareció muy similar a: «¿La mejor? ¿Ella?».

Mi intuición me dijo que yo no le gustaba mucho a mi adorada Rita Turner… y no tenía ni idea del motivo. Me sentí dolida por ello, ¡yo no había hecho nada! Al contrario, ¡la admiraba muchísimo! Sin embargo, Eric parecía haberle interesado mucho más que yo… A pesar de que no era recíproco, porque, si en algo conocía a mi amigo, sabía que la actriz no le hacía ninguna gracia. De cualquier manera, aquella era una situación que podría venirle muy bien a nuestra investigación. Tendría que hablar con Eric para que hiciese un esfuerzo por vencer sus reticencias y se hiciese el simpático con la actriz.

Y, cuanto antes empezase, mejor. Al día siguiente comenzaríamos a rodar y sería un buen momento para que Eric entrase en la caravana de Rita a husmear sin nadie que le moleste.

En ese momento, todos eran sospechosos.

Incluida Rita.

5

AMANDA

Mi primer día de grabación comenzó con buen pie, pues al poco de llegar al set, apareció el guionista desaparecido, Victor Lab. Por lo visto, había tenido que ir a visitar a su hermana a una ciudad cercana porque había tenido un pequeño accidente y, con las prisas se había dejado el móvil en casa.

—Siento haberte preocupado, Richard —dijo con gesto arrepentido—. No me di cuenta, tendría que haberte avisado…

—No pasa nada —replicó lord Richard—. Es un alivio saber que estás bien. Después de todo lo que ha sucedido en el rodaje, me temía lo peor. ¿Tu hermana se encuentra mejor?

—Sí, sí, solo ha sido un susto, nada importante, un brazo escayolado, pero nada grave.

Poco después los dos hombres se separaron, Victor se dirigió a su puesto a revisar los guiones del día y lord Richard se acercó a nosotros.

—No le he dicho quiénes sois —dijo—, pero me gustaría hacerlo. Él está tan preocupado como yo por todos los accidentes que están ocurriendo.

Miré a Eric, que hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—¿Cuánto confía en él? —pregunté.

—Todo lo que se puede confiar en otro ser humano. Nos conocemos desde hace demasiados años. Por supuesto, en ocasiones

hemos discutido…

—Eso no quiere decir nada —lo interrumpió Eric—. Amanda y yo también hemos discutido un montón de veces.

—Y, ya ve, pondría mi vida en sus manos. De hecho, lo hago muchas veces —dije con una sonrisa—. Si quiere decirle quiénes somos y lo que hacemos aquí, hágalo, lord Richard.

—Podéis llamarme Richard… O Dire, de director, lo que más os guste, aquí casi todos me llaman así.

Nos aproximamos los tres al puesto de Victor y lord Richard nos presentó.

—Victor, quiero presentarte a Amanda y a Eric —comenzó—. Amanda va a sustituir a Lena como doble de acción de Rita… Pero hay algo más.

—Te escucho —dijo Victor separando los ojos del guion.

—Es difícil de explicar… —titubeó lord Richard—. Amanda va a ayudarnos con lo de los accidentes, es una experta en estas cosas… —Victor me dirigió una mirada con las cejas alzadas—. Va a intentar averiguar si es algo fortuito o provocado.

—Ajá… Ya veo… ¿Y tú? —se dirigió a Eric—. ¿Qué pintas tú en todo esto, muchacho?

—Yo soy el hombre en la silla —contestó Eric con un encogimiento de hombros—. Hago lo que tengo que hacer para que ella pueda hacer lo que tiene que hacer.

—Si lo dices así parece fácil —añadí—, pero Eric me ha salvado la vida en más de una ocasión. No estaría hoy aquí de no ser por él. Digamos que yo soy la fuerza y él, el cerebro.

Victor soltó una carcajada.

—Sois un buen equipo entonces —dijo todavía riendo.

—No puedes decirle a nadie quiénes son en realidad —pidió lord Richard—. Es la única condición que me han puesto. Si te preguntan, Eric es su ayudante.



—Deja que lo adivine… Son amigos de tu hermano Thomas. —El director asintió—. No estará por aquí, ¿verdad? Hace siglos que no lo veo.

—Está en la ciudad, sí. Si te apetece y te viene bien, podemos ir a cenar con él y con la tía de Amanda, Paula.

—Me encantará verlo de nuevo… Y no os preocupéis, mis labios están sellados. —Hizo el gesto de cerrarse la boca con un candado y tiró la imaginaria llave por encima del hombro.

Dejamos al hombre trabajar y nos alejamos los tres.

—¿Qué plan tenéis para hoy? —preguntó lord Richard.

—Mientras Amanda y Rita están en el set voy a infiltrarme en la caravana de Rita… —explicó Eric—. Por algún lado hay que empezar y Amanda quiere descartarla como sospechosa cuanto antes. Ya he revisado todo el equipo que utilizará Amanda en sus escenas… y todos me han visto hacerlo.

—Me ocuparé de que Rita no pueda interrumpirte —aseguró el hombre—. Y ahora, Amanda, ve a maquillaje y vestuario, empezamos a rodar en un rato. Ve primero a peluquería, creo que van a teñirte el pelo para que sea negro, no quieren usar pelucas.

Me despedí de Eric y corrí esquivando gente hasta la peluquería donde, antes de peinarme, me dieron un tinte negro sobre mi pelo con reflejos morados, por suerte se iría con los lavados. A continuación, corrí a la zona donde me vestirían y me maquillarían para la grabación. Estaba muy emocionada, pero tenía que concentrarme, ya que las escenas que íbamos a filmar eran bastante difíciles. Primero tendría que balancearme aferrada a una cuerda para, poco después, descolgarme desde una altura de siete metros; se suponía que era un río lleno de cocodrilos, pero los añadirían después, en el montaje, con efectos especiales, algo que me alegró muchísimo saber. Aunque no hubiera animales de verdad, más me valía centrarme en las acrobacias y dejar de lado todo lo demás, ya que cualquier error de cálculo conseguiría que me estampase contra un muro o contra el suelo, una de dos. Y teniendo en cuenta lo que le había sucedido a Lena al ensayar esta misma escena, la probabilidad de que acabase convertida en papilla de Amanda era bastante alta.

ERIC

Eric abandonó la nave con disimulo, intentando que nadie lo viese, algo que le resulto muy sencillo puesto que todos estaban ocupados con el trabajo del día. Se aproximó, intentando no llamar la atención de nadie, al lugar en el que estaba aparcada la caravana de Rita, que prefería ese tipo de alojamiento cuando rodaba. Según lord Richard, que era quien le había informado de dónde encontrar el vehículo, la actriz decía que se sentía más cómoda allí que en un camerino, ya que la autocaravana estaba decorada a su gusto y en ella tenía todo lo que podía llegar a necesitar.

A Eric no le hacía mucha gracia aquella actriz. Había visto alguna entrevista y no le había caído muy bien. Le había parecido falsa y prepotente.

No, no le había gustado nada, pero eso, en realidad, no era tan importante. Lo que más le molestaba era la admiración que su amiga sentía por Rita. Amanda no tenía en cuenta que ella misma hacía en la vida real todo lo que hacía el personaje al que interpretaba Rita en la ficción… Y si se te ocurría explicarle por qué pensabas que eran iguales, Amanda resoplaba y desmontaba todo el razonamiento con un movimiento de la mano, uno parecido al que se hace para espantar moscas. Decía que ella no era nada comparada con la actriz y añadía que Rita era guapísima, que era listísima, que era divertidísima… y eso era algo que desesperaba a Eric. Amanda no era capaz de darse cuenta de que ella era de verdad, hacía cosas reales y muy peligrosas para salvar a la humanidad. Aun así, se consideraba peor que una actriz que lo único que hacía era interpretar un papel. Además, la manera en que Rita había tratado a Amanda cuando las habían presentado no había ayudado a mejorar el concepto que tenía de la actriz… Más bien al contrario, había confirmado lo mal que le caía.

El muchacho probó a abrir la puerta y, como esperaba, la encontró cerrada. Por suerte, Benson le había proporcionado antes del viaje un juego de ganzúas como el que solía llevar Amanda en sus misiones y, durante el vuelo, le había dado un curso acelerado sobre su uso. Sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros un pequeño estuche rectangular negro, muy delgado, casi plano y lo abrió. En su interior descansaban varias herramientas de un metal color antracita.

Miró la cerradura y eligió una ganzúa, la sujetó entre los dedos pulgar e índice y la apoyó en el dedo corazón. A continuación, cogió un fino gancho de metal con el que mantendría los pistones abiertos en su posición, introdujo la ganzúa en el bombín y comenzó a moverla con suavidad. Escucho varios clics y la puerta se abrió, dejándole el paso despejado. Volvió a meter todo en el estuche y lo guardó de nuevo en el bolsillo del pantalón.

El interior de la caravana era tal y como lo esperaba: amplio. La luz diurna entraba a raudales por las ventanas, decoradas con cortinas en tonos rosas… Como todo lo demás. A Eric le dio la sensación de estar metido en una nube de algodón de azúcar. Las tapicerías de los sofás estaban hechas en una tela color crema salpicada con lunarcitos de terciopelo de forma desigual en rosa. Al fondo del espacio se veía, a través de una puerta, la cama, con un edredón cuyo dibujo sobre fondo azul claro eran flores rosas. En las paredes habían conseguido un papel pintado también en tonos rosas. Si le preguntaran cuál era el color favorito de Rita Turner, estaba seguro de no equivocarse si contestaba que el rosa.

Se encogió de hombros y se dirigió a la mesa que había frente a él, de madera, esta vez blanca. Sobre ella reposaban algunos papeles, los ojeó buscando pistas: cartas de fans. Una sonrisa se extendió por el rostro del muchacho cuando se dio cuenta de que Rita estaba contestándolas. Todas ellas. Una a una. Eso hizo que la actriz le cayese un poco mejor, pero tampoco mucho.

Abrió un par de cajones, tan solo cubiertos en uno y cuadernos en otro. Echó un vistazo a los cuadernos sin encontrar nada en ellos más que algunos dibujos y anotaciones sobre su personaje.

Avanzó hasta llegar al baño donde asomó la cabeza sin encontrar, de nuevo, nada relevante. Se dirigió al dormitorio, de buen tamaño donde, además de la cama, había una mesilla blanca sobre la cual había una fotografía de Rita con un hombre y una mujer que debían de ser sus padres. Rita abrazaba el cuello de un enorme perro. Todos sonreían a la cámara, incluso el animal. Parecían una familia feliz. La chica tenía que echarles mucho de menos cuando estaba trabajando.

Junto a esa foto había otra: un primer plano del perrazo, un pastor alemán enorme, su hocico y sus cejas estaban salpicados de canas. Por la imagen, Eric habría jurado que el perro y Rita

llevaban juntos casi desde la cuna y que la actriz lo adoraba.

También había un armario empotrado del mismo color que el resto del mobiliario, con unas puertas venecianas de lamas abatibles. Asomó la cabeza en el interior del armario para encontrar lo esperado: ropa. Vestidos, pantalones, blusas, camisetas y zapatos. A montones.

En uno de los muros de la habitación vio algo que le interesó más: un corcho en el que Rita había clavado con chinchetas —también rosas— los bocetos del vestuario, peluquería y maquillaje que luciría en la película, así como fotografías de algunos elementos de atrezo que formaban parte del vestuario: un reloj, un colgante con una piedra azul, una pequeña mochila negra y una pulsera de cuero. Eric sacó el móvil e hizo varias fotografías al corcho y, después, a cada uno de los dibujos y fotos que había en él. No le parecieron especialmente relevantes para el caso, no obstante, pensó que tal vez a Amanda le gustase tener algo así en su camerino.

Caminó hasta la salida con la sensación de haber perdido el tiempo. Hizo varias fotografías más del interior de la caravana, más por hacer algo que porque pensase que le fuesen a ser útiles. No había encontrado nada que les sirviese para su investigación. Comenzó el movimiento de acercar la mano hacia el tirador de la puerta para salir de allí.

Su mano quedó congelada en el aire.

La puerta había comenzado a abrirse antes siquiera de que él la tocase.

El muchacho dudó, paralizado ante la súbita aparición de aquel visitante inesperado. Miró a su alrededor con urgencia en busca de un lugar en el que poder esconderse. El armario de la habitación quedaba demasiado lejos.

No había escondite alguno.

6

AMANDA

Cuando tuve el pelo, la ropa y el maquillaje como los de Rita Turner, fui al set de rodaje. Cuando acabaron conmigo, no podía dejar de mirarme en el espejo. ¡Estaba igual que ella! Habían hecho un trabajo maravilloso.

Vi que la tía Paula, Benson y lord Thomas se encontraban cerca de lord Richard. No habían querido perderse mi primer día de rodaje y habían venido a verme. Me encantó verlos allí. Yo estaba muy nerviosa, tenía miedo de cagarla, de no hacerlo bien, pero la presencia de mi familia consiguió tranquilizarme. Con ellos acompañándome nada podría salir mal… O eso pensaba yo.

Los saludé con la mano en la distancia mientras me ponían el equipo que llevaría para la filmación. Mi tía me devolvió el saludo para, a continuación, levantar los dos pulgares.

Junto a ellos se encontraba Rita, mirándome con el semblante serio. Alcé la mano para saludarla también a ella, pero la actriz retiró la mirada y fingió no darse cuenta de mi gesto. No pude evitar sentirme algo triste. Yo la admiraba muchísimo y quería que nos llevásemos bien, pero por lo visto ella no tenía ganas de ponérmelo muy fácil. No entendía el motivo.

Observé, fijándome en cada detalle, el decorado en el que iba a trabajar aquel día.

Frente a una pantalla verde colgaban unas lianas que en realidad

eran varias cuerdas a las que les habían pegado hojas grandes y verdes, puestas unas delante de otras. Yo tendría que ir balanceándome y cogiendo cada una de ellas hasta llegar al otro lado. Con aquellas cuerdas me bastaba para rodar, pero, además, llevaría un arnés de seguridad que impediría que me cayera en caso de que algo fuese mal.

En el suelo, a siete metros de donde se desarrollaba la acción, había una piscina con agua pardusca. Mediante unos chorros de presión colocados de manera estratégica, habían conseguido que pareciese un río en movimiento. En la escena, Alessandra, el personaje que interpretaba Rita, huía utilizando las lianas, pero, al sujetarse a la última de ellas, esta se descolgaba hasta el río, donde se suponía que la esperaban un montón de cocodrilos hambrientos. En el último segundo conseguía agarrarse a una raíz y comenzaba a trepar por la pared hasta la seguridad del borde del precipicio. Mientras tanto, los hombres que la perseguían iban cayendo uno a uno a las aguas turbias, donde se suponía que serían devorados por los simpáticos reptiles.

Eric había revisado tanto las cuerdas que simulaban las lianas como el equipo de seguridad que me mantendría a salvo y había dado su visto bueno. Todo estaba en orden.

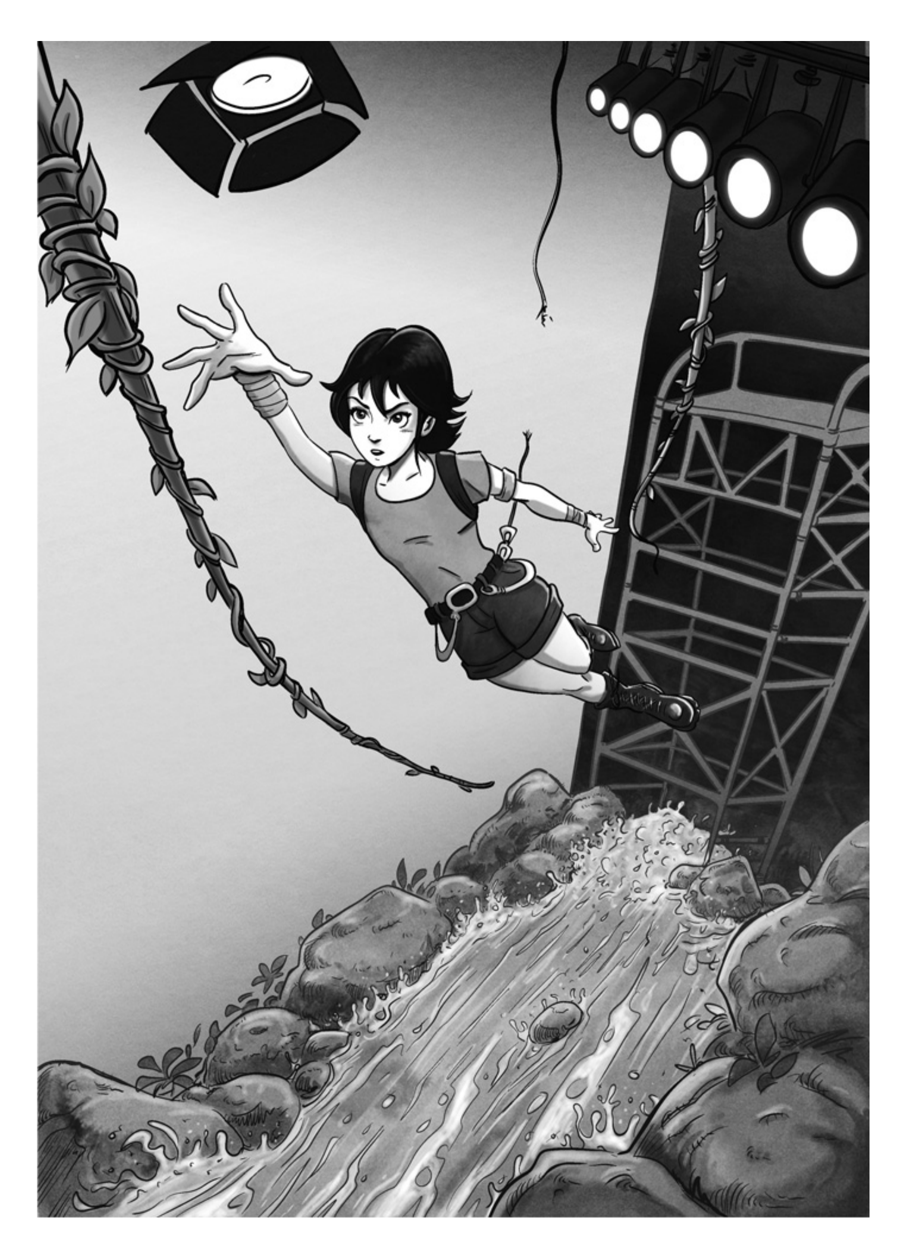
O eso parecía hasta que el director gritó: «¡Acción!».

Salté para sujetarme a la primera liana y sentí que una de las cuerdas de seguridad de mi arnés se soltaba.

¡Era imposible! Acababa de examinarla yo también y estaba perfecta. ¡Igual que los enganches!

Aun así, continué con la escena. Esto me daba la oportunidad de vigilar lo que sucedía en el set, ya que, desde mi posición, tenía una vista aérea de todo y de todos.

Me balanceé hasta la siguiente liana y, al sujetarme a ella, sentí como la segunda cuerda del arnés también se partía. Ya solo me sostenía en el aire gracias a las cuerdas disfrazadas de lianas.



Lancé una mirada rápida al lugar donde sabía que estaba lord Richard, que se levantó para detener el rodaje. La tía Paula le puso una mano sobre el hombro para impedírselo. Sabía que, aun sin el arnés, yo era muy capaz de hacer lo que me habían pedido.

Rita me miraba desde unos metros más atrás. Nada en su rostro

me indicó que supiese lo que iba a suceder, ya que pareció tan asustada como todos los demás.

Continué saltando hasta la última de las cuerdas. Cuando comencé a balancearme, soltaron la polea que la mantenía en su posición y comencé a descender. En el momento justo, di un salto hacia delante y me hice con el soporte en forma de raíz. Forcejeé tal y como me habían dicho que hiciese, como si necesitase afianzar los pies. A continuación, comencé a trepar por el muro, al que habían añadido puntos de apoyo y soportes disimulados como ramas, rocas y raíces. Poco a poco, fui ascendiendo por la pared hasta la parte más alta.

—¡Corten! —gritó lord Richard.

Casi se pudo escuchar el suspiro de alivio de todos los presentes cuando me vieron llegar al suelo sana y salva.

Me aproximé a lord Richard con paso tranquilo y un gesto de satisfacción en el rostro, el hombre me miraba fascinado por lo que acababa de presenciar.

Abracé a mi tía, a Benson y a lord Thomas antes de dirigirme al hombre.

—¿Ha valido la toma? —pregunté cuando hube saludado a mi familia.

—¡Por supuesto! —rio—. Más tarde rodaremos la parte de los perseguidores y necesitaré tomar algunos planos tuyos colgando de las lianas, pero la parte difícil está hecha… ¿Qué ha sucedido ahí arriba?

—Se han partido las cuerdas de seguridad… —Hice una pausa antes de continuar. Tenía unas noticias terribles que darle—. Lord Richard, siento decirle que algo muy malo está pasando aquí.

Su rostro se ensombreció.

—Están saboteando el rodaje…

—No, esto es algo mucho más oscuro —negué—. Tanto Eric como yo hemos revisado el equipo de seguridad, yo segundos antes de ponérmelo. Esas cuerdas estaban perfectas. No había motivo para que se partiesen. Una de dos, o tenéis una maldición en el set o

hay un objeto maldito haciendo de las suyas.

—¿Qué hago? Tenemos que rodar las escenas de los villanos cayendo al agua, pero no quiero ponerlos en peligro…

—Si me permite —intervino Benson—, deje que le ayude con eso. He traído equipos de la Mansión Black que pueden serle de utilidad. Yo me encargo. Necesitaré unos minutos para prepararlo todo.

—¿Veinte son bastantes? —preguntó lord Richard. Benson asintió—. ¡Veinte minutos de descanso! —avisó el director—. ¡En veinte minutos todos aquí!

Benson comenzó a caminar en dirección a mi camerino, no sin antes dedicarme una sonrisa cariñosa.

—Estoy muy orgulloso, Amanda —me dijo al oído al pasar a mi lado—. Eso que ha hecho ahí arriba ha sido maravilloso.

—¿Y Rita? —le pregunté al director todavía observando cómo Benson se alejaba.

Cuando me giré hacia lord Richard, lo vi buscando a su alrededor con nerviosismo.

—Estaba aquí hace un segundo…

Abrí mucho los ojos y miré al director, que me devolvió la mirada con un gesto dibujado en el rostro muy parecido al mío.

—¡NO! —exclamamos los dos a la vez.

Tras dar los veinte minutos de descanso, Rita debía de haberse retirado a su caravana.

Y Eric seguía allí.

¡Tenía que correr a avisarlo!

ERIC

La puerta se abrió con lo que a Eric le pareció una lentitud exagerada, milímetro a milímetro, centímetro a centímetro. Él miraba aquella plancha de madera moverse sin saber muy bien qué haría a continuación.

Tendría que improvisar, pero no podía montar una historia

creíble hasta que no viese quién se encontraba al otro lado, quién lo había pillado de aquella manera tan vergonzosa.

¡Menudo investigador estaba hecho si a la primera lo cazaban!

De repente, se le ocurrió una idea.

Miró sobre su hombro y vio el sofá a su espalda, se sentó a toda velocidad y adoptó lo que a él le pareció una postura relajada.

En el umbral apareció una figura no muy alta. El sol le daba en la cara, por lo que no pudo ver bien de quién se trataba. En un primer momento, pensó que era Amanda, hasta que la figura habló.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó la voz de Rita.

Vale, se trataba de la actriz, no de su amiga.

El muchacho carraspeó y se puso en pie, intentando fingir una seguridad que no sentía en absoluto.

—Te estaba esperando —improvisó Eric.

—¿A mí?

—Sí, a ti. —Sonrió rogando en silencio que lo creyese.

La chica evaluó sus palabras con los ojos convertidos en dos ranuras. Eric no dijo nada, aguantó el escrutinio sin cambiar el gesto en un esfuerzo por que ella no notase su nerviosismo. Por fin, los labios de Rita se curvaron en una sonrisa y toda su postura se relajó.

—Muy bien, pues aquí estoy —dijo cerrando la puerta a su espalda y dando un paso hacia Eric—. ¿Qué querías? ¿Y cómo has entrado? Creo que dejé la puerta cerrada.

Y hasta ahí había llegado el plan de Eric. No tenía ni idea de qué decir a continuación. Qué excusa utilizar para que le hubiese encontrado en su caravana.

—N-no, estaba abierta y… Eh… Yo… Bueno, yo quería… Estoooooo… —balbuceó el chico.

—¿Invitarme a cenar? —sugirió Rita.

—¡Por supuesto! —Eric se agarró a aquella tabla de salvación sin titubear—. Es solo que me daba mucha vergüenza pedírtelo… Imagino que dirás que no… Normal, tienes que recibir un montón de invitaciones a cenar… ¡a diario! ¿Por qué ibas a decirme a mí que sí…?

—Sí.

Eric parpadeó. Aquellas dos letras juntas eran la última

respuesta que había esperado a su desesperado intento por salir airoso de aquella situación. ¿Por qué decía ella que sí?

Él no quería salir a cenar con Rita. ¡Ni siquiera le gustaba Rita! ¡Él estaba perfectamente bien con Esme!

—¿Sí? —repitió incrédulo.

—Sí, claro. Estaba deseando que me lo pidieses —replicó Rita—. Eres lo más interesante que he visto en mucho tiempo. Pensaba que Amanda y tú… Ya sabes, pero tampoco entendía muy bien qué veías en ella… Es tirando a normalita.

—Ya… —Fue todo lo que pudo decir Eric.

—Esta noche a las ocho pasa a buscarme por aquí. Te estaré esperando. Y no te preocupes por la reserva, yo me encargo. Hay un nuevo restaurante que tengo muchas ganas de probar. Dame tu número y luego te mando el nombre. —Eric se lo dio—. De verdad, el sitio te va a encantar, es genial. —Tres toques en la puerta interrumpieron a Rita, que hizo un mohín de disgusto con los labios y arrugó la nariz—. ¿Quién es?

—Rita, soy Richard. —La voz del director sonaba amortiguada a través de la madera—. Solo quería saber si estabas bien.

—Sí, no se preocupe, Dire, todo bien —replicó la joven abriéndole la puerta—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Bueno… No sé, lo de antes en el rodaje ha sido muy tenso. Quería asegurarme de que estabas tranquila. —Lord Richard lanzó una mirada rápida a Eric—. Vaya, Eric, no esperaba encontrarte aquí —dijo.

—Eh… Sí, quería decirle una cosa a Rita. Ahora mismo me marcho, no quiero entretenerla más. —El muchacho pasó junto a ellos y comenzó a alejarse.

—¡No llegues tarde! —gritó una alegre Rita como despedida.

—No lo haré —replicó el chico reprimiendo un bufido.

Eric caminó dando largas zancadas, deseando poner la mayor cantidad de distancia posible entre Rita y él. Por lo menos hasta las ocho de la tarde.

En menudo lío se había metido.

7

AMANDA

—Esto se lo explicas tú a Esme —dijo Eric.

Mi amigo caminaba de lado a lado del camerino. No era un gran recorrido porque el espacio no era muy amplio, apenas lo justo para que cupiese, a un lado, un mostrador de madera anclado a la pared con un espejo rodeado de bombillas y una silla y, enfrente, un pequeño sofá de piel con una mesa baja. En la pared del fondo había un biombo, también de madera y, tras él, un perchero en el que se encontraba mi ropa. Los muros estaban pintados de blanco y el suelo era gris, de cemento prensado, como el resto de la nave. No se podía decir que mi camerino tuviese muchísima personalidad, se trataba tan solo de un lugar en el que descansar entre toma y toma, una sala funcional, práctica. Poco más.

—No creo que haya nada que explicar, pero si lo hubiese, no te preocupes, que yo se lo explico —repliqué encogiéndome de hombros.

—Se va a enterar y me va a dejar.

—Eric… —dije. Mi amigo continuaba recorriendo la habitación de un lado a otro presa de los nervios sin prestar atención a lo que le decía—. ¡Eric! —Me acerqué a él y lo sujeté por los brazos para detenerlo y asegurarme de que me escuchase—. No pasará nada. Solo vas a cenar con ella, no es malo.

—Pero ¿y si se entera Esme? ¡Puede pensar que ya no me gusta!

¡No quiero que piense eso! ¡Si ni siquiera me cae bien Rita!

—¿Quieres que la llamemos y se lo digamos?

—¡Sí!… ¡No!… No, mejor no… No sé qué hacer… ¡Qué fuerte! ¿No puedo decirle a Rita que me he puesto malo o algo?

—Eso solo sería echarle el problema a tu yo del futuro. Créeme, lo he hecho demasiadas veces como para no saberlo. Y tu yo del futuro no va a estar muy contento con tu yo del pasado.

—¿Qué?

—Que si le dices que estás malo hoy, querrá mover la fecha a mañana o cuando sea y volverás a tener el mismo problema que tienes ahora mismo —expliqué—. Es mejor que te lo quites de encima cuanto antes… Después puedes decirle a Rita que no hay chispa, o lo que sea.

Eric se sentó en el sofá y se frotó las mejillas.

—Sí, tienes razón —dijo por fin—. Pero no le digamos nada a Esme, no quiero que se enfade conmigo. Prométeme que no se lo vas a decir.

—Te lo prometo.

—Vale… Ahora cuéntame qué ha ocurrido en el set. Con todo el lío de lo de la cena, no me has dicho mucho.

Le conté que las cuerdas de seguridad del arnés se habían soltado, que a pesar de ello yo había seguido adelante con la escena y que, cuando pude revisarlas más tarde, parecían rozadas y gastadas. Parecían tener varios años de uso continuado.

—¿Cómo es posible? Si eran nuevas. Yo mismo las desempaqueté…

—Ya, pero parecían viejas y muy usadas… —Me encogí de hombros—. Benson ha traído equipos hechos con materiales Black para rodar las escenas de riesgo. Han estado utilizándolos durante el resto del día y parece que todo ha ido bien. Eso sí, no sabemos si es por el material o solo porque, al fin y al cabo, hoy ya había habido un accidente. De cualquier manera, van a aumentar de nuevo las medidas de seguridad en las escenas de riesgo.

—Bueno, hoy has evitado otro accidente.

—Si esto le hubiese pasado a otra persona… —Me estremecí solo con pensarlo.

—Pero no ha sido así. Todo ha ido bien.

—¿Y tú? ¿Has descubierto algo? —pregunté cambiando de tema.

—No mucho —confesó mi amigo—. No había nada de interés. Nada que la incriminase. Toma. —Me pasó su dispositivo. En la pantalla se encontraban las fotos que había hecho en la autocaravana de Rita—: Compruébalo tú misma, esto es lo único que he encontrado. Mira las del corcho… He pensado que te podría servir para tu camerino… En resumen, creo que podemos borrar a esa chica de nuestra lista de sospechosos.

—A pesar de lo mal que te cae —comenté pasando las fotografías una a una.

—A pesar de lo mal que me cae.

Me detuve en las que mostraban los bocetos e imágenes del vestuario, maquillaje y peluquería de la actriz. Era igual que el mío, incluidos el colgante con la piedra azul, la pulsera de cuero, la pequeña mochila negra y el reloj, que entonces descansaban detrás del biombo junto con el resto de la ropa que había utilizado para mis tomas.

Seguimos charlando durante un rato mientras yo me desmaquillaba. Cuando hube acabado, nos dedicamos a vagabundear por la nave, escuchando conversaciones que no nos dieron ninguna pista, observando a los empleados en busca de nuestro culpable… Y rebuscando en el interior de toda aquella mochila o bolso que encontrábamos en nuestro camino, eso sí, con discreción. También revolvimos carpetas en un par de despachos y husmeamos en camerinos y vestuarios sin resultados. Tras lo sucedido por la mañana, teníamos claro que había algo o alguien implicado, que no era simple mala suerte. Aquellas cuerdas no solo se habían roto solas, además, habían envejecido varios años en el transcurso de un par de minutos.

Y continuábamos sin tener nada, ni un solo rastro que seguir.

—¿Estáis listos? —preguntó lord Richard cuando dio por finalizado el trabajo del día.

Eric y yo asentimos ansiosos. Nos había prometido enseñarnos uno de los rincones más antiguos del estudio. Una especie de museo en el que se recopilaban fotografías y objetos utilizados en lo que allí conocían como «los rodajes malditos». Películas en las que todo había ido tan mal que no habían podido finalizarse o terminarlas había sido toda una odisea, tanto para los actores como para el resto del personal implicado en la producción. Es decir, películas muy parecidas a la de lord Richard, por no decir iguales.

Películas en las que había habido muertes —por suerte, en la de lord Richard todavía no había habido ningún fallecido. Todavía—, desapariciones, incendios, robos, inundaciones, derrumbamientos, peleas y accidentes, entre muchas otras desgracias. Nos contó que, en ocasiones achacaban todos los problemas a la mala suerte; otras veces, se hablaba de fantasmas, espíritus, duendes o demonios, airados porque el rodaje les había molestado o porque alguno de los trabajadores lo hubiese traído con ellos. El caso es que ninguno de esos rodajes acabó del todo bien y en todos hubo que lamentar algún fallecimiento misterioso, como fue el caso de cierta película de terror en la que varias personas que trabajaron en ella fallecieron después sufriendo muertes accidentales muy parecidas —o incluso iguales— a las que se describían en el guion; u otra sobre una posesión demoniaca en la que todo el set se incendió y solo se salvó la zona en la que se suponía que habitaba el demonio.

El mundo del cine estaba lleno de historias similares y lord Richard iba a enseñarnos el lugar donde descansaban los recuerdos de las películas malditas de aquel estudio, que no habían sido pocas desde el momento de la fundación.

—Si todo sigue como hasta ahora, mi película va a terminar formando parte del museo —dijo lord Richard abriendo la puerta que daba paso al tétrico museo.

—Para eso estamos aquí —repliqué—, para impedirlo.

—No puedo parar esta producción, sería el fin de mi carrera… Pero, si debo hacerlo, lo haré. No pondré a nadie más en peligro.

La sala, apenas iluminada por unos cuantos focos mortecinos, era amplia. Se extendía durante bastantes metros, casi no podíamos ver su final. La atmosfera, cargada y polvorienta, resultaba asfixiante. Allí no había ventanas, sino fotografías en las paredes y, bajo ellas, vitrinas con objetos de lo más variados: desde una peluca que, por lo que ponía en la placa, había causado que la actriz que la llevaba se quedase calva, hasta unas gafas que habían causado la ceguera de un fotógrafo, pasando por un cuadro que se suponía encantado y una capa que había intentado asfixiar al actor que la llevaba.

Aquella estancia daba bastante mal rollo.

Eric caminaba unos pasos por delante de mí, observando las fotografías que colgaban de los muros, enmarcadas, que mostraban momentos de años que a nosotros nos parecían muy antiguos. La ropa que llevaban las personas retratadas era muy diferente a la nuestra, los coches, muy distintos a los actuales. Incluso los muebles mostraban diseños que habían caído en desuso en la actualidad. De hecho, en la Mansión Black había todavía unos cuantos parecidos a los que estábamos viendo en aquella sala.

—¿Puedo? —preguntó Eric enseñándole su móvil a lord Richard.

—Claro, adelante —lo invitó el director—. Saca todas las fotos que quieras.

La penumbra fue interrumpida por los fogonazos del *flash* cada vez que mi amigo capturaba una imagen con su teléfono. Tenía muy claro a qué se iba a dedicar en cuanto volviese de la cena con Rita: se iba a dejar los ojos ampliando cada detalle e intentando mejorar la calidad de las fotos. Para él, aquel museo se reducía a un montón de información nueva que desmenuzar y analizar. Vamos, su afición favorita.



Yo no pensaba que fuese a encontrar nada de interés para nuestra investigación, aquellos objetos eran solo eso: objetos a los que la superstición había otorgado un poder que yo no creía que poseyesen. Si estaban malditos, nadie había desactivado su maldición y esta habría seguido adelante a pesar de estar el objeto

encerrado en aquella sala. Es decir, habría habido muchísimas más películas malditas de las que existían, pero Eric necesitaba pensar en algo que no fuese lo que iba a tener que hacer en apenas un par de horas.

Cuando lo hubimos visto todo, lord Richard nos acercó al hotel en el que nos alojábamos. A mi amigo apenas le quedaban treinta minutos antes de tener que marcharse para recoger a la actriz.

—Corre a la habitación, tienes que arreglarte.

—¿Qué? ¿No puedo ir así? ¡Qué fuerte! —se escandalizó.

—Puedes ir como tú quieras, lo digo porque imagino que, después de todo el día en el estudio, te apetecerá darte una ducha por lo menos… Y ponerte guapo para cenar con la famosísima Rita Turner —añadí con voz cómica haciendo aspavientos con los brazos.

—Ah, eso sí, pero no pienso arreglarme —resopló—. ¡Si ni siquiera quiero ir!

—Tranquilo, Eric, todo va a ir bien. —Intenté calmarlo, probablemente me había pasado pinchándole—. Siento mucho que tengas que ir a una cita a la que no quieres ir, pero piensa que el restaurante es increíble. He estado leyendo las críticas y casi todas le dan cinco estrellas.

Se abrieron las puertas del ascensor y vimos a Benson, que según nos divisó, se aproximó a nosotros con aquel paso suyo tranquilo y elegante.

—Tenga, Eric —le tendió una pequeña tarjeta negra de plástico —. Pague con esto la cena. Le he hecho una tarjeta de crédito, cargue en ella todo lo que quiera.

—¿Para mí? —preguntó Eric abriendo mucho los ojos.

—Por supuesto, así no tendrá que preocuparse nunca más por el dinero cuando esté en una misión —explicó el mayordomo—. Eso no quiere decir que no vaya a continuar proporcionándole también dinero en metálico… Nunca se sabe cuándo va a ser necesario.

—Entonces…, ¿me la puedo quedar después?

—No te pases —advertí con una risa—. Al fin y al cabo, te

estarás gastando mi herencia… ¡Pues claro que te la puedes quedar! —A continuación, saqué de mi bolsillo una tarjeta igual que la suya y la agité frente a sus ojos—. A mí también me han dado una hace un rato. Es por seguridad… ¿A que es genial?

—La señora Paula y yo llevamos un tiempo hablándolo. —Al decir esto, hizo un gesto con la cabeza hacia mi tía, que se encontraba unos metros más allá, en la barra del bar del hotel tomando algo con lord Thomas. Cuando se dio cuenta de que la mirábamos levantó una fina copa con un líquido burbujeante y dorado en su interior y la alzó en nuestra dirección—. Hemos decidido que necesitan estas tarjetas de crédito, confiamos en que no las utilicen mal. Pueden hacer uso de ellas también cuando no estén en una misión. Considérenlo una ventaja del trabajo —finalizó guiñándonos un ojo—. Y ahora, suba a arreglarse, lo llevaré a su cita con el coche.

—¿También hemos traído el coche? —preguntó Eric abriendo mucho los ojos.

—No, no, hemos alquilado uno aquí —rio Benson—. Ahora corra o llegará tarde. Le espero aquí, baje cuando esté preparado.

Eric corrió a los ascensores y desapareció en el interior de uno de ellos.

—¿Qué va a hacer usted, señorita Amanda?

—Te he pedido mil veces que no me llames señorita —protesté.

—Tiene razón, ¿qué va a hacer usted, Amanda? —repitió el mayordomo. Estaba claro que nunca iba a conseguir que dejase de tratarme con tanta formalidad.

—No lo sé —resoplé—. Había pensado ir hasta el restaurante para esperar a Eric. No quiere ir, no le gusta nada Rita y tiene miedo de que Esme se entere y se enfade con él.

—Si me espera un rato podré ir con usted. Primero voy a llevar a Eric, después llevaré a su tía y a lord Thomas, que han quedado para cenar con lord Richard y el señor Lab. Cuando acabe, puedo pasar a buscarla y acompañarla. Ellos pueden regresar en taxi al hotel.

—No me parece mal.

—Mientras tanto, suba a su habitación y descanse un rato, la avisaré cuando esté de vuelta.

—¡Perfecto! ¡Muchísimas gracias, Benson! —exclamé dándole un abrazo.

No tenía ni idea de lo mucho que iba a necesitarlo conmigo aquella noche.

8

Benson y yo esperábamos en el coche, lo habíamos estacionado en un aparcamiento frente al restaurante. Matábamos el tiempo charlando sobre la misión. Desde nuestra posición, podíamos ver a Eric y a Rita en su mesa; ella toda sonrisas, él menos entusiasmado que su acompañante.

La cena transcurrió sin incidentes, la de ellos y la nuestra. Masticábamos unos sándwiches que había traído Benson mientras dábamos pequeños sorbos a nuestros vasos de refresco, también proporcionados por el mayordomo.

Todo iba bien.

Todo estaba bien.

Tranquilo.

Una noche cualquiera.

Vimos que Eric pedía la cuenta, se la traían, la pagaba con su nueva tarjeta de crédito, se levantaban de la mesa y caminaban hacia la salida del restaurante.

En ese instante, una horda de paparazis y fotógrafos apareció de la nada y se abalanzó hacia la puerta.

¿De dónde habían salido?

Ni idea.

Pero allí estaban, intentando captar la imagen de Rita y su acompañante.

No quería ni pensar en los titulares.

Y, por supuesto, podíamos ir olvidándonos de que Esme no se enterase de aquella cena, claro. La única manera de que no lo

hiciera, habría sido que viviese en otro planeta.

Y no era el caso.

Benson y yo nos miramos con la sorpresa dibujada en el rostro.

Mis ojos viajaron hasta mi amigo, a punto ya de salir del restaurante. Todavía ajeno a la manada hambrienta de cotilleos que había en la puerta del mismo.

—Arranca —le pedí a Benson—. Nos va a necesitar.

Ni siquiera contestó. Presionó el botón de encendido, puso la palanca en la posición de conducción y apretó el pedal del acelerador. Avanzábamos a toda la velocidad que podíamos, que con todas aquellas personas, no era mucha.

Rita salió primero y, al ver a todos aquellos fotógrafos centrados en ella, sonrió y posó para las cámaras. Ni siquiera parecía sorprendida. Eric la seguía. Desde el asiento delantero del automóvil pude ver cómo el rostro de mi amigo se transfiguraba en una máscara de auténtico pánico al darse cuenta por fin de lo que estaba sucediendo.

Llegamos a donde se encontraba Eric, pero aquella marabunta no le permitía avanzar. Me eché la capucha de la sudadera sobre la cabeza para que nadie pudiese verme o fotografiarme el rostro, salté del coche y me acerqué a él como pude, o lo que es lo mismo: a empujones. Me llevé yo también unos cuantos por el camino, pero no me importó.

—¡Eric! ¡Aquí! —intenté llamar su atención, pero lo estaban acribillando a preguntas y ni siquiera me vio.

—¿Eres el nuevo novio de Rita?

—¿Quién eres?

—¿Estáis muy enamorados?

—¿Cómo te llamas?

—¿Eres actor?



Mi amigo miraba a su alrededor con ojos desorbitados, sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Por fin llegué a su lado, lo sujeté con firmeza por la muñeca. Intenté hacer lo mismo con Rita, pero se deshizo de mi mano con una sacudida y continuó posando para los

paparazzi y respondiendo a sus preguntas, así que la dejé allí. Ignoré todo el parloteo de los periodistas, que comenzaron a dispararme sus preguntas también a mí. Tenía que sacar a Eric de ese lugar cuanto antes. Estaba pálido y asustado, así que me abrí camino hasta el coche de la misma manera que antes: a empujones… y no negaré que también se me escapó alguna patada.

Por fin conseguimos llegar hasta nuestro objetivo. Benson nos esperaba con la puerta del automóvil abierta y saltamos al interior.

Hasta que no escuchamos el portazo a nuestra espalda, no nos sentimos seguros.

El mayordomo rodeó el coche y ocupó su lugar frente al volante.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a Eric.

—S-sí, ahora sí —tartamudeo él aún muy nervioso—. ¡Qué fuerte!

—¿Nos vamos? —pregunté.

La verdad era que, en aquellos instantes, Rita me importaba muy poco. Estaba muy enfadada con ella. Sospechaba que si aquellos fotógrafos habían estado esperándoles era porque ella o alguien de su círculo los habían avisado de que estaría cenando con alguien en ese restaurante aquella noche. Al fin y al cabo, ella ni siquiera se había sorprendido al verlos.

—No podemos dejar a la señorita Turner —replicó Benson—. Aunque entiendo lo que quiere decir —añadió lanzando una mirada poco amistosa a la actriz, que continuaba sonriendo y posando ante las cámaras.

Algún fotógrafo se acercó hasta el automóvil y disparó con su cámara con la esperanza de captar al acompañante de la actriz a través del cristal. Por suerte, Benson había alquilado un coche con los cristales traseros tintados.

Poco a poco, la multitud de paparazis fue dispersándose. Cuando a Rita le pareció que ya no había los suficientes para continuar honrándoles con su fabulosa presencia, se aproximó al vehículo, abrió la puerta que le quedaba más cercana y saltó al interior con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo satisfecho en los ojos.

—¡Qué bien! En un rato estaremos en todas las portadas.

Nosotros guardamos silencio.

El mayordomo se puso en marcha al mismo tiempo que el móvil de Eric recibía un mensaje. Lo abrió, lo leyó con gesto compungido y me lo enseñó.

Era Esme.

«He visto esto y quería saber si pasaba algo entre nosotros».

Adjuntaba un enlace a un artículo en el que se veía una fotografía de Eric con Rita hecha apenas media hora antes, mientras todavía se encontraban en el restaurante y debajo el titular rezaba: «¿Quién es el nuevo novio de la actriz del momento?».

Hicimos todo el trayecto hasta la autocaravana de Rita sin decir palabra. Ella tampoco se disculpó con mi amigo por lo que acababa de suceder. Cuando llegamos, no pude remediarlo, iba a explotar de lo enfadada que estaba.

—¿Por qué lo has hecho? —escupí.

—¿El qué? —replicó sin siquiera mirarme.

—¿Por qué has llamado a los periodistas? —aclaré.

—Ah, no. No he sido yo. —Parecía sincera, pero continuaba actuando como si yo no estuviese allí en realidad. Hablaba en tono seco y sin que nuestros ojos se cruzasen, algo que me frustraba mucho—. De verdad que no he sido yo, pero ya que estaban, ¿por qué no aprovecharme de ello?

—Vale —gruñí.

—De todas formas… —se dirigió a mi amigo—: Eric, si te ha molestado, lo siento mucho. No me he dado cuenta. Tú no estás acostumbrado a estas cosas. De verdad que lo siento.

El resto del trayecto de vuelta a los estudios transcurrió en un silencio sepulcral, pero en cuanto la hubimos dejado en su caravana, mi amigo se desmoronó.

—¿Qué voy a hacer? —murmuró desesperado, la cabeza entre las manos.

—No te preocupes, todo va a ir bien. Habla con ella y, si necesitas que yo le explique algo…

—¡Qué fuerte! ¿Por qué ha hecho esto?

—El qué, ¿escribirte? —pregunté confusa—. A ver, ha visto el artículo y…

—No, no —me interrumpió Eric—. Me refiero a Rita. ¿Por qué tenía que quedarse a posar para todas esas fotos? Si se hubiese metido en el coche de inmediato, tal vez nada de esto habría sucedido.

—No lo sé —confesé—, pero si te consuela, la foto es de antes de que salieseis.

—No me consuela.

—Señorito Eric, si me permite… —intervino Benson desde el asiento delantero—. No la juzgue con mucha dureza, este mundo creo que es implacable y la señorita Turner es todavía muy joven.

—Ya… lo sé —aceptó Eric—, pero qué mala suerte tengo.

Esa frase encendió una bombilla en mi cabeza: ¿y si no era mala suerte? ¿Y si esto que acababa de suceder formaba parte de lo que fuese que estaba ejerciendo su influencia sobre el rodaje de la película? ¿Y si aquello podía afectarte tanto directa como indirectamente? Al fin y al cabo, teníamos que recordar que la hermana de Victor Lab había tenido un accidente que había provocado que el guionista desapareciese durante unos días.

Y nosotros no llevábamos ni veinticuatro horas allí y yo ya había tenido un accidente durante el rodaje y, luego, lo de Eric. Era demasiada mala suerte para que fuese todo fruto de la casualidad, allí estaba actuando algo mucho más turbio.

Teníamos que averiguar lo que sucedía cuanto antes o todos estaríamos en peligro.

De seguir así, alguien podría morir.

9

—¿De verdad? —preguntó Esme en la pantalla.

Nada más llegar al hotel Eric, le había hecho una videollamada. En nuestra ciudad era muy tarde… o muy temprano, según se mirase. No obstante, si Esme había visto las fotografías de Eric y Rita, es que había estado despierta y mi amigo había confiado en que continuase estándolo.

No se equivocaba, ya que Esme contestó al segundo tono.

Eric le explicó lo sucedido, cómo había invitado a cenar a la actriz tras pillarlo esta en su camerino, cómo había esperado que ella le rechazase y cómo se había equivocado al esperar eso, porque, por lo visto, Rita estaba mucho más interesada en Eric que Eric en ella.

En un momento dado de la conversación y sin colgar la llamada, Eric había ido a buscarme. Yo estaba ya en pijama, a punto de meterme en la cama, pero no había podido negarme a echarle una mano a mi amigo, ya que Esme parecía dudar de lo que él le decía… por lo que habíamos recorrido el camino de regreso hasta su habitación. Yo en pijama, él desesperado porque Esme creyese sus palabras. Y allí seguíamos.

Ya habíamos puesto al corriente a nuestra amiga de todo lo que se refería a la misión en la que estábamos envueltos y solo intentábamos convencerla de que no había pasado nada entre Eric y Rita.

—En serio, no te ha mentido —corroboré sentada en el suelo, la espalda apoyada en el sofá—. A Eric ni siquiera le cae bien esa

chica —dije intentando salvar a mi amigo—, pero no le ha quedado más remedio que invitarla a cenar. La situación era difícil… Ha sido todo culpa mía, yo lo envié a investigar su camerino y ella lo pilló allí… No tenía excusa y esto fue lo que se le ocurrió. Queríamos contártelo… —Eso no era del todo cierto, aunque Esme no tenía por qué saberlo—, pero esto está siendo un caos. Todo parece ir mal en este rodaje.

Todavía me costó un rato convencer a Esme de que las cosas habían sucedido tal y como Eric le había dicho, pero por fin lo conseguí.

Ya con ambos más tranquilos y diciéndose lo mucho que se echaban de menos, me puse en pie y caminé hacia la puerta. Creí que aquel era un buen momento para regresar a la comodidad de mi camita.

Me equivocaba.

—¿Adónde vas? Espera un momento, Esme —pidió Eric.

—¿Yo? —repliqué—. A la cama, mañana hay rodaje.

—¡Qué fuerte! Tenemos una tonelada de fotos que analizar. Ya sabes, las del museo ese de las pelis malditas y la señorita pensando en dormir… Tú no te vas a ninguna parte —zanjó.

¡Las fotos! ¡Me había olvidado por completo!

Eric tenía razón, tal vez diésemos con alguna pista en ellas… y falta nos hacía, porque estábamos perdidísimos.

Con un suspiro, arrastré los pies de nuevo hasta el sofá y me dejé caer en él.

Poco después, nos despedimos de Esme y nos pusimos manos a la obra.

Aquella iba a ser una noche larga.

Muy larga.

Cuanto antes acabásemos, antes podríamos irnos a dormir.

Eric envió las fotografías que había hecho en el museo a su tablet y me la pasó. Él abrió la galería de imágenes en su dispositivo Black. Cuando estaba en una misión, Eric nunca se separaba de ese dispositivo que le había entregado Benson cuando comenzó a

trabajar conmigo. A simple vista, parecía un teléfono móvil, solo que algo más grande, más fino, y con muchísimas más funciones. Con él, podía comunicarse conmigo a través de un sistema infranqueable, hacer el seguimiento en tiempo real de mi posición, acceder a los archivos Black desde cualquier lugar del mundo, hacer fotos, escuchar música o manejar su dron…, entre otras muchas cosas mucho más cuestionables a nivel legal. Por ejemplo, podía penetrar en redes privadas para obtener información secreta o descifrar claves de cajas de seguridad. También podía utilizarlo como si fuese una consola de videojuegos o un televisor y esas dos, de entre todas las demás, eran las funciones favoritas de mi amigo.

—Si ves algo raro, me lo dices.

—¿Algo raro? ¿Como qué?

—Yo qué sé, algo raro. Cuando lo veas, lo sabrás.

—O sea, que no tenemos ni idea de lo que estamos buscando —refunfuñé.

—Si se te ocurre una idea mejor, no dudes en decírmelo —replicó con un resoplido de fastidio.

Razón no le faltaba. No teníamos ni una sola pista, tal vez en aquellas fotografías hubiese algo, un pequeño indicio que nos indicase qué o quién era el culpable de lo que estaba sucediendo en aquel rodaje. Merecía la pena intentarlo, aunque eso supusiese no dormir en toda la noche.

Pasamos horas mirando las fotos, mejorando todo lo posible la calidad de las imágenes, ampliándolas, cambiando los ángulos… sin ningún éxito.

—Yo no veo nada —me rendí dejando la tablet sobre la mesa y poniéndome en pie. Necesitaba estirar las piernas.

Eric no respondió.

Lo miré pensando que se había quedado dormido, pero mi amigo fijaba la vista en la pequeña pantalla. Deslizó el dedo sobre el dispositivo para pasar a otra foto, la amplió. Repitió ese gesto varias veces.

—Pásame mi móvil —pidió sin levantar los ojos del dispositivo.

Me acerqué a la mesilla para coger su teléfono y se lo acerqué.

Me senté junto a él.

Tenía claro que mi amigo había dado, por fin, con algo.

Desbloqueó el móvil, abrió la galería de imágenes y buscó en ella hasta que dio con una de las fotos que había tomado en la autocaravana de Rita.

Yo no abrí la boca, solo lo observaba en silencio. Sabía que cuando se ponía así era mejor no molestarlo. Cuando estuviese seguro de haber encontrado algo, me lo diría.

Colocó el móvil junto al dispositivo.

En la pantalla del primero se veía la imagen de un reloj de pulsera con una esfera enrejada en amarillo y rodeada por una orla plateada. Los números alternaban el rojo y el negro, pero no indicaban las horas, sino los segundos. La numeración para las horas se encontraba en una esfera secundaria, mucho más pequeña, situada en la parte superior derecha. Bajo ella y un poco hacia la izquierda, había una pequeña placa en la que se leía la marca y el modelo del reloj: «Qoppa Regulateur».

En la pantalla del dispositivo se podía ver una antigua fotografía de dos hombres posando. La amplió hasta que solo pudo verse la mano de uno de los dos.

—Mira esto —pidió Eric.

Acerqué la cabeza a ambas pantallas y enseguida me di cuenta de lo que mi amigo había visto.

Mis ojos se abrieron hasta adoptar el tamaño y la forma de dos pelotas de tenis.

—Ostras…

—Exacto: ostras —dijo mi amigo alzando una ceja y permitiendo que una sonrisa satisfecha se dibujase en sus rasgos pecosos.

—¿Son el mismo reloj?

—No lo sé, lo que sí sé es que son iguales… y tú tienes uno idéntico también. Ese reloj forma parte del vestuario de la película.

—¡Es verdad! —murmuré cayendo en la cuenta—. ¡Es igualito al que me han dado a mí! ¡No me había fijado!

—Y, presta atención a esto. —Cogió el dispositivo y pasó algunas fotos con el dedo hasta que llegó a la que buscaba, la amplió y puso la imagen frente a mis ojos.

—¡Otra vez el mismo reloj!

—Y lo he encontrado en varias imágenes más. Todas del museo de los rodajes malditos. Creo que sí hay un objeto implicado en todo este asunto. Para ser más exactos, el objeto que buscamos es ese reloj.

—Pues mañana vamos al museo y lo cogemos —propuse.

—No va a ser tan sencillo. El reloj no está allí. Esta tarde hice fotografías de todos los objetos expuestos y no está allí. Las he revisado con mucho cuidado… y nada, ni rastro del reloj. Cada vez estoy más seguro de que hay alguien detrás de todo esto.

—¿Por qué?

—No lo sé, digo que cada vez estoy más seguro, no que lo esté al cien por cien, pero alguien ha tenido que hacer al menos una copia. Hay como mínimo dos relojes iguales en el rodaje de lord Richard. Esa copia no se ha hecho sola.

—Eso significa que o es el de Rita o es el mío —resoplé. Solo pensar que había llevado un artefacto maldito en la muñeca me dio escalofríos.

—O ambos son copias del original, que me parece lo más probable, y este está en poder de quien sea que está provocando los accidentes y problemas en el rodaje. Si yo fuese esa persona, no perdería mucho de vista el reloj… Espera, voy a mirar una cosa. —Comenzó a teclear en su dispositivo buscando algo que yo no sabía qué era. De nuevo, lo dejé en paz, cuando lo tuviese me lo diría—. ¡Qué fuerte…! Esto no puede ser casualidad, ese modelo es de 1915. El primer rodaje que tuvo problemas era de ese año, comenzó en octubre, lo he leído en las placas del museo. El estudio se inauguró en 1910… Alguien sabía o descubrió el poder del reloj y lo está utilizando para perjudicar a lord Richard. Estoy casi seguro. Tenemos que averiguar quién propuso que se utilizase en el vestuario.

—Y cuántas copias se han hecho de él, eso también.

—Sí, eso también —asintió Eric—. Si nos ponemos, podrían ser una, dos o diez mil… Y, si tengo razón, necesitaremos el original para parar todo esto.

—Yo estoy reventada y en unas horas tengo que estar en el rodaje… ¿Y si nos vamos a dormir? Por la mañana tendremos que bucear en los archivos Black, a ver si hay alguna mención a est…

Unos golpes en la puerta de la habitación me interrumpieron a mitad de frase.

Eric se levantó y fue a abrir y yo lo seguí de cerca. Avanzaba con cautela, intentando no hacer ningún ruido.

Eran cerca de las cuatro de la madrugada y no esperábamos a ningún visitante.

Mi amigo apoyó la oreja en la puerta y escuchó.

—Abra, señorito Eric. Sé que están ahí y, además, despiertos.

Eric me lanzó una mirada con las cejas alzadas en sendos signos de interrogación.

¿Qué hacía Benson allí a aquellas horas?

Por fin abrió la puerta.

—Benson, ¿qué haces aquí a estas horas? —preguntó.

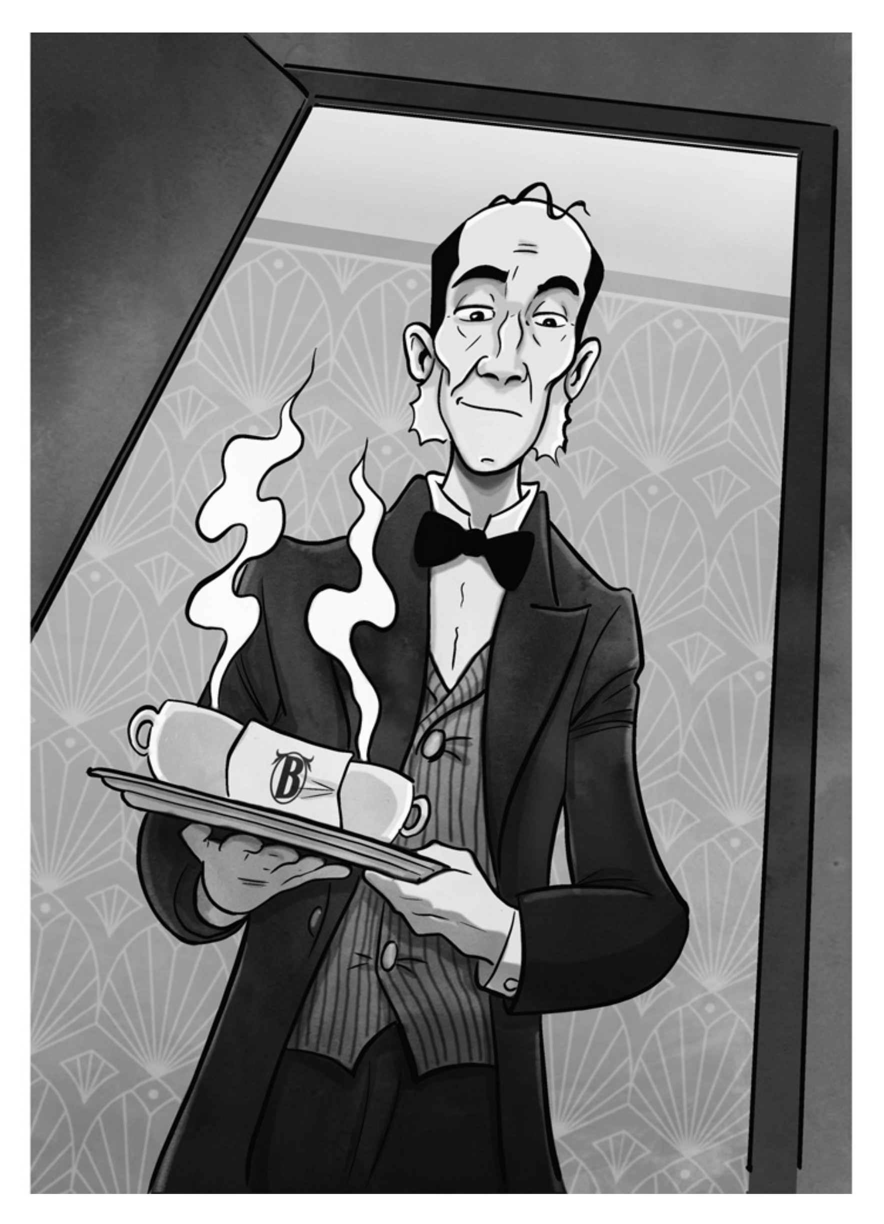
—Ahorrarles trabajo, ¿qué otra cosa voy a hacer? —dijo el mayordomo entrando en la estancia. En las manos traía una bandeja con dos tazas humeantes, un plato lleno de bollos y un sobre con el logotipo de los Black. Avanzó hasta la mesita baja en la que segundos antes habíamos estado trabajando nosotros y dejó allí el refrigerio—. Bueno, qué, ¿piensan quedarse ahí plantados toda la noche?

Eric sacudió la cabeza como alguien que despierta de un encantamiento después de muchos siglos y cerró la puerta de la habitación. A continuación, ambos nos acercamos al mayordomo.

—Sí… sí, tienes razón… Pero ¿qué haces aquí? —pregunté medio riendo.

—De momento, impedir que se mueran de hambre. Vamos, coman algo, llevan toda la noche con esas fotografías. Les he traído

chocolate caliente y unos pasteles.



Me tiré al suelo frente a la mesa, cogí mi taza, soplé para enfriar el líquido de su interior y di un trago.

¡Estaba buenísimo!

—¿Y qué es eso? —quise saber señalando el sobre con un gesto de la cabeza. No pensaba soltar aquella taza hasta que no estuviese vacía hasta la última gota de cacao.

—Todo lo que he podido encontrar sobre cierto reloj en los archivos Black —replicó Benson. Eric casi se atragantó con la bebida al escuchar su respuesta.

—¿Cómo sabías que necesitábamos buscar esa información? —preguntó impresionado.

—Vamos, vamos, joven Eric, no me diga que todavía le sorprende. Vayamos al grano. Los Black conocen ese artefacto casi desde su creación, pero nunca han podido dar con él. La primera vez que aparece en nuestros archivos es poco después de su presentación… dos meses después, para ser exactos. Por lo que parece, su diseñador e inventor, un famoso relojero suizo, Dorian Müller, invirtió muchos años en esta pieza, dedicó toda una vida a ello. No obstante, al poco de presentar la que sería la obra más importante de su vida, esta fue robada.

—¿Fuimos nosotros? —pregunté con la boca llena de pastelillos.

—No hable con la boca llena, Amanda —me regañó Benson.

—Perdón. —Mastiqué y tragué antes de repetir mi pregunta—. ¿Fuimos los Black?

—No, los Black no tuvieron nada que ver —dijo Benson con una sonrisa benevolente—. No había motivos para robarlo en aquel momento. No estaba maldito. Nunca se descubrió al ladrón, pero eso no le importó a aquel maestro relojero, que dedicó el resto de su vida, que solo fueron dos meses más, a buscar su obra más querida sin hallarla. Murió en octubre de 1915, no sin antes maldecir a todo aquel que poseyese el reloj hasta que fuese devuelto a su familia… Y, ahora viene lo más interesante. Apenas unos días después de su muerte, aparece la primera mención al reloj en nuestros archivos. Se habla de la maldición que echó el relojero, una anotación con la descripción del objeto y poco más. Sin saber su paradero, los Black no podían hacer mucho más que informar de su existencia por si aparecía en algún momento.

—¡Qué fuerte! —exclamó Eric—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que tenía que ser ese reloj! ¿Sabemos si el señor Müller hizo más relojes iguales? —Quiso saber.

—No —replicó Benson.

—¿No los hizo o no lo sabemos? —insistió Eric.

—Sí lo sabemos. No hizo más. Ese reloj es único.

—Pero continuamos sin saber si hay alguien detrás de todo esto —comentó mi amigo.

—Continuamos sin saberlo —confirmó Benson.

—Aun así, parece la teoría más plausible, ¿no?

—Parece la más plausible, sí —convino el mayordomo.

—Hasta que sepamos algo con seguridad, creo que debemos trabajar con esa teoría. Si los hechos la desmienten más adelante, perfecto, si no… Por lo menos nos ayudará a estar alerta. Si hay alguien detrás y se da cuenta de que estamos sobre su pista, podría ser muy peligroso.

—Me parece lo más sensato, joven Eric.

—¿En qué consistía la maldición? —pregunté. Me moría de curiosidad y Eric parecía haberse olvidado de ella.

—Nada demasiado serio, solo traería mala suerte a aquel que lo poseyese y a todo su entorno. Ese es el motivo por el que los Black nunca han intentado recuperarlo… Eso y que no había rastro del reloj por ningún sitio.

—Pero es un objeto maldito… —se extrañó mi amigo.

—Sí, pero no es peligroso para la humanidad. Al menos, no de momento, señorito Eric. Los Black solo deben robar para proteger a la humanidad.

—Entonces, ¿no podemos hacer nada? —resoplé desilusionada —. ¿No podemos ayudar a lord Richard?

—Yo no he dicho eso —dijo Benson sonriendo y dándose unos toques en la nariz con el índice—. Siempre pueden devolver el reloj a su legítimo propietario.

—Pero está muerto —replicó Eric.

—No sus herederos… O, mejor dicho, su heredera. Su nieta.

Única hija del hijo menor del maestro relojero. Nació en 1934. Es una anciana ya, pero sigue viva y siempre quiso recuperar el reloj de su abuelo. Y, ahora, váyanse los dos a dormir, que apenas les quedan cuatro horas antes de tener que estar en el rodaje. Mañana pueden continuar con sus averiguaciones.

Bostecé y me estiré mirando en el mismo movimiento el reloj que llevaba en la muñeca.

Benson tenía razón, era hora de marcharme si quería sacar un par de horas de sueño antes de afrontar otro día lleno de acrobacias imposibles y escenas de riesgo.

Me puse en pie de un salto.

—Muchas gracias, Benson. Nos has ayudado un montón, estábamos muy perdidos —confesé.

—Vamos, la acompaño hasta su habitación —replicó el mayordomo—. Y usted… —dijo dirigiéndose a Eric—. Acuéstese también, mañana tiene un largo día de investigación por delante.

—Quería mirar… —comenzó mi amigo. Estaba entusiasmado con la información que nos había proporcionado Benson. Conociéndolo como lo conocía, sabía que quería continuar desenredando aquella maraña en torno al reloj maldito.

—No. Nada de «quería mirar». Se va a dormir ahora mismo, mañana mirará lo que sea —negó Benson—. Es usted muy joven como para pasar la noche en vela. Mi deber es proteger a los Black y también a usted.

—¡Qué fuerte! Pareces mi madre… —replicó Eric poniéndose en pie y yendo hacia la cama.

Tuve que contener la risa mientras se metía entre las sábanas.

Benson asintió satisfecho y, tras apagar la luz, ambos salimos de la habitación.

El día siguiente iba a ser fundamental en nuestra investigación.

Más de lo que imaginábamos en aquellos momentos.

10

AMANDA

A la mañana siguiente, llegué al set con unas ojeras que me llegaban casi hasta el suelo, nada preocupante, puesto que mi cara apenas iba a verse en la película. Esa era la maravilla de ser doble de acción. Podía pasarme el día rodando un montón de escenas y, a pesar de ello, mi rostro continuaría siendo anónimo para todo el mundo. Aun así, la maquilladora se esmeró para que pareciese una adolescente que ha dormido catorce horas.

—Mejor así, ¿ves? —dijo retirándose a un lado para que pudiese mirarme en el espejo.

Me acerqué al cristal y observé mis rasgos sin dar crédito a lo que veía: no había rastro de ojeras y mi piel se veía fresca y resplandeciente. Incluso había hecho desaparecer una pequeña cicatriz que me había quedado sobre la ceja derecha después de mi última aventura. No es que fuese muy visible, pero yo sabía que estaba allí y, cada vez que miraba mi reflejo, los ojos viajaban hasta ella de manera irremediable.

—No sé cómo lo haces… ¡Si no parece que lleve maquillaje!

—Solo hago mi trabajo —replicó ella—, pero tú tienes que prometerme que vas a dormir más. Esas ojeras a tu edad solo pueden ser por falta de sueño. ¿Estás bien?

—Sí, son los nervios. —No podía decirle que me había pasado casi toda la noche en vela buscando un artefacto maldito, habría

sonado raro—. En un par de días se me pasará.

—Tranquila, lo estás haciendo genial. En serio —sonrió—, esto se te da muy bien. Lo de ayer fue impresionante. —Le devolví la sonrisa y me puse en pie—. Ahora, vete a vestuario, están a punto de empezar. Yo voy a recoger y voy para el set, seguramente tendré que retocarte el maquillaje. Hoy hay escenas submarinas… Mi peor pesadilla…

El resto del día transcurrió sin incidentes. Filmé mis escenas en un tanque de agua, rodeada de buceadores que acudirían a mi rescate si algo iba mal. Después de mí, grabarían los planos de Rita, pero antes de terminar, la joven se aproximó a mí.

—Te estaba buscando. Quería hablar contigo —dijo.

—Habla, te escucho.

—No, aquí no. —Negó. Se llevó una mano al bolsillo y sacó un llavero que me tendió—. Espérame en mi autocaravana, aquí está la llave. No tardaré mucho. Hoy solo necesitan tomar algunos planos de cerca. Por favor, es muy importante.

—Vale. Me cambio y voy para allá.

Por primera vez desde que me la habían presentado, Rita me sonrió.

—Genial, muchas gracias. Allí hay agua y otras cosas, coge lo que quieras mientras llego.

Me fui a mi camerino pensando qué querría, por qué de repente era simpática conmigo después de haberme ignorado desde el mismo momento en el que nos habíamos conocido.

Me cambié a toda velocidad, me bebí dos vasos de agua —estaba muerta de sed— y corrí hasta su autocaravana.

Entré utilizando la llave que Rita me había dado.

El interior estaba ordenado. Ya lo conocía por las fotos que Eric había tomado de él. Aun así, mi naturaleza curiosa hizo acto de presencia, ya que nunca había estado en la autocaravana de una actriz famosa. Total, tampoco es que fuese a robarle nada a Rita.

Me aproximé a la mesa, sobre la que había unas cuantas botellas de agua y una cesta repleta de frutas de aspecto apetitoso y

chocolatinas aún más apetitosas. Me hice con una de las botellas de agua y la abrí distraída mirando a mi alrededor.

Aquello era una explosión de color rosa; no obstante, tenía que reconocer que era muy acogedora y bonita. Estaba decorada con buen gusto.

Continué avanzando a la vez que iba dando sorbos de la botella. Rodar tanta escena submarina me había dado mucha sed.

Eché un vistazo al baño. Si seguía bebiendo agua a aquel ritmo, en breve tendría que utilizarlo. Llegué al dormitorio y me aproximé al tablón del que colgaban las fotos con el vestuario de Rita. Mis ojos se posaron sobre la del reloj maldito. Me parecía increíble que un objeto tan pequeño pudiese causar tantos problemas. Vale que no era como otros que había tenido que sacar de la circulación, aquel artefacto no iba a provocar el fin de la humanidad, pero era peligroso para todo aquel que se acercase a él. Incluso podía llegar a causar la muerte a su portador o a alguien de su entorno.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de que alguien había entrado en la caravana hasta que percibí ruidos en el exterior de la habitación. En un primer momento, pensé que sería Rita, que ya habría acabado sus escenas y había vuelto para reunirse conmigo. Me dirigía a la puerta del dormitorio cuando escuché una voz que era casi un gruñido.

—Aquí no hay nadie —se trataba de un hombre—. Me había parecido verla entrar…

—Tarde o temprano volverá —replicó su compañero.

No me gustó nada aquello. Rita no me había dicho que esperase visita.

—No han tocado el agua…

—Da igual, vendrá por las buenas o por las malas. Tenemos órdenes muy concretas al respecto.

Miré la botella en mi mano con ojos espantados. Estaba casi vacía. No me dio tiempo a pensar mucho más sobre ello, puesto que escuché pasos que avanzaban a lo largo del pasillo.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi el armario. Me acerqué a él

sin hacer ruido y abrí la puerta, rogando en silencio que estuviese bien engrasada.

Lo estaba.

Me escurrí en su interior sin que ninguno de los dos hombres notase mi presencia. Me senté en el suelo, dejé la botella junto a mí y esperé.

Los pasos llegaron hasta el dormitorio. Vislumbré a través de las lamas unos zapatos que recorrían la estancia.

Los zapatos eran, con toda probabilidad, los más extravagantes que había visto en mi vida.

Por el sonido que hacían al caminar, eran de piel. Una correa recorría la parte superior y terminaba en una hebilla de un azul eléctrico que casi hacía daño a la vista, pero eso no era lo peor… La piel, de serpiente, era tornasolada y, con cada paso que daba el hombre, la luz incidía en ella sacando reflejos en todos los tonos del arcoíris. En resumen: se trataba de unos zapatos espantosos, horripilantes, horrorosos… y muy coloridos.

Intenté ver el rostro del hombre que osaba ponerse algo así en los pies. De paso, envidié la seguridad en sí mismo de la que hacía gala, pero el ángulo de las lamas me impedía ver nada por encima de los tobillos.

Por suerte, su propietario no abrió el armario.

Por fin los zapatos se fueron por el mismo sitio por el que habían venido. Escuché los pasos alejarse hacia la entrada de la autocaravana.

Ahora podía buscar una postura más cómoda.

Intenté apoyar la mano para moverme, pero al hacerlo me di cuenta de que algo extraño me estaba sucediendo.

Sentí que no tenía fuerza y me desplomé de lado, arrastrando en la caída la botella que había dejado junto a mí. Acabé tumbada de lado en el suelo del armario. Mi mejilla reposaba sobre el charco que se había formado al derramar la escasa agua que quedaba en el recipiente. Tenía un brazo atrapado debajo del cuerpo y el otro sobre el suelo, frente a los ojos. Intenté alzarlo.

Mi cerebro daba la orden, pero la mano no obedecía.

Volví a intentarlo, obteniendo el mismo resultado.

Por si acaso, lo intenté una última vez.

Nada.

No podía moverme.

Traté de sacudir las piernas.

Tampoco tuve éxito.

Estaba paralizada por completo.

—¿Qué ha sido eso? —dijo la voz que parecía un gruñido. Había sonado como «*casío* eso». Era como si aquel hombre tuviese tanta hambre que necesitara comerse las letras cuando hablaba. En mi cabeza empecé a llamarlo «Glotón».

—Ni idea, voy a ver. —La otra voz era siseante y rasposa. Me recordó a un reptil, algo muy apropiado si pensaba en sus horrorosos zapatos de piel de serpiente. Lo bauticé como «Cobra».

Escuché los pasos acercarse de nuevo hacia el dormitorio. Si abría la puerta del armario estaría en un aprieto.

Preveía ciertas dificultades para defenderme, más que nada por aquello de que no podía moverme.

Escuché un chasquido y, a continuación, una exclamación indignada.

—¿Quién es usted? ¿Quién le ha dejado entrar? —Rita acababa de llegar—. ¿Y qué hace con ese cigarro? ¿No pensará encenderlo aquí? —Se escandalizó.

—¡Jefe! ¡La chica! —llamó Glotón.

—¡Atrápala! ¡Que no escape! —gritó Cobra.

A continuación, escuché golpes y un par de chillidos de Rita amortiguados y lejanos, como si estuviese en otra dimensión. O como si le hubiesen puesto un pañuelo en la boca, que me parecía una explicación más plausible.



La pelea duró apenas unos segundos. Los dos hombres abandonaron el lugar llevándose a Rita con ellos.

Escuché un automóvil arrancar y perderse a toda velocidad entre los sonidos de la ciudad.

Después, el silencio.

11

ERIC

Eric se aproximó a lord Richard poco después de que Amanda acabara de rodar sus escenas. Se había cruzado con su amiga hacía un segundo y esta le había dicho que iba a la caravana de Rita. Según le había explicado a toda prisa, la actriz le había pedido que la esperase allí, que tenía que hablar con ella. Eric apenas le prestó atención a su amiga, tenía algo muy importante que hacer. Necesitaba saber quién era la persona responsable de vestuario. Pensaba que, si daba con ella, daría también con el culpable o la culpable de todo aquel lío. Si es que había alguno…, porque estaban trabajando con conjeturas y suposiciones, no con hechos. Y también, de paso, averiguaría cuál de ellos era el reloj original, claro, que en aquellos instantes era lo más urgente si pretendían poner fin a todos los accidentes.

—Lord Richard, tengo que hacerle una pregunta… a solas —le dijo Eric en apenas un susurro mirando a su alrededor.

El director, que charlaba con Victor Lab, asintió y se alejó unos pasos con el muchacho en busca de una esquina sin oídos indiscretos.

—Dime, ¿tenéis algo? —quiso saber lord Richard.

—Creo que tenemos una pista… Ahora necesitamos averiguar si estamos en lo cierto —replicó el chico—. ¿Puede decirme el nombre de la persona responsable del vestuario de la película? Tengo que hacerle algunas preguntas.

Lord Richard pareció dudar unos segundos antes de contestar.

—Se llama Mónica —dijo por fin—, Mónica Bernard. La

encontrarás en la sala de vestuario.

—¿La conoce desde hace mucho?

—Bastante, hemos trabajado juntos en varias ocasiones.

Eric asintió en silencio. Había otra pregunta que debía hacerle, pero podría llevar al director a sacar conclusiones precipitadas.

—No quiero que se haga una idea equivocada. No tenemos ni idea de si ella tiene algo que ver con los accidentes, pero necesito saber si alguna vez han discutido o si ella podría tener algo contra usted.

Lord Richard se llevó la mano a la barbilla y se rascó el mentón mientras buscaba en su memoria.

—No… La verdad es que no puedo recordar ninguna ocasión en la que hayamos discutido, ni nada que haya provocado que me guarde rencor. Mónica es la mejor en lo que hace. Siempre he respetado su trabajo… y ella el mío.

—Está bien, entonces tendré que seguir buscando. —Eric se encogió de hombros y sonrió con inocencia, prefería que lord Richard pensase que aquellas habían sido preguntas rutinarias—. Muchas gracias.

El chico observó cómo el director se alejaba. A continuación, dio media vuelta y enfiló por el pasillo que lo llevaría a la sala de vestuario. Casi chocó con Victor Lab.

—Cuidado, muchacho —rio Victor esquivándolo en el último instante.

—Lo siento, señor Lab. No le había visto.

—No te preocupes, esto es una casa de locos. ¿Todo bien? ¿Habéis averiguado algo?

—De momento, no mucho —confesó Eric.

—Puede que no haya mucho que averiguar, puede que sea tan solo mala suerte —suspiró el hombre.

—Puede, pero tenemos que intentar descartar todas las opciones.

—Sobre todo, no te pongas en peligro, chico. Si hay alguien detrás de todo esto… —Dejó el final de la frase en el aire, pero Eric no necesitó que la acabase. Entendió a la perfección lo que el guionista quería decir—. Bueno, encantado de charlar contigo, Eric, ahora debo continuar con mi trabajo.

Se despidieron y se separaron.

El chico siguió avanzando por aquel pasillo, buscando la sala de vestuario hasta que por fin dio con ella. Se trataba de una estancia amplia y diáfana, muy bien iluminada, de techos altos y paredes blancas, en la que había numerosos percheros con ruedas colocados contra las paredes. De ellos colgaban todas las prendas que usarían los actores y las actrices, los extras y los dobles. Cada uno de los percheros tenía prendida la fotografía de la persona que llevaría aquellas ropas, ya que todas estaban ajustadas a las medidas de quien las luciría.

En la pared del fondo había una mesa larga de madera sobre la que se habían dispuesto expositores y cajas con los accesorios necesarios para completar las caracterizaciones: relojes, collares, colgantes, pulseras, gafas… Había de todo.

La sala estaba desierta. Eric supuso que se encontrarían en el set. Caminó hacia la mesa del fondo y observó las piezas que allí se encontraban. Tanto los percheros de Amanda como los de Rita estaban vacíos. Miró en el interior de los expositores para buscar alguna referencia, algo que lo ayudase a saber de dónde habían salido aquellos relojes.

Nada.

Eric suspiró.

Aquella visita había resultado ser una auténtica pérdida de tiempo. Continuaba como al principio: sin tener ninguna pista sobre el reloj maldito.

Se planteó ir a buscar a Mónica Bernard y preguntarle directamente, pero eso sería muy sospechoso. Aunque… tal vez… Sí, no necesitaba decirle la verdad. Podía inventar una excusa, como que a Amanda le gustaba mucho y quería darle una sorpresa por su cumpleaños. Eso podría servir.

Corrió de vuelta al set, donde estaban a punto de comenzar la grabación de la siguiente escena. Vio a las personas de vestuario en un rincón atareadas terminando de vestir a los actores y se aproximó a toda prisa. No quería tener que esperar a que el director gritase «corten» de nuevo.

—¿Mónica? ¿Hola? Busco a Mónica —preguntó a una joven al pasar a su lado.

La chica señaló a una mujer que había un par de metros más allá dándole los últimos toques al vestuario de Rita.

—¡Eric! —saludó Rita nada más verlo—. Cómo me alegro de verte, ¿luego hablamos?

El chico hizo un gesto vago con la mano que esperaba que no le comprometiese a nada y se dirigió a la mujer.

—¿Mónica?

—Ya estás, Rita. Todo perfecto —dijo la mujer antes de mirar a Eric con gesto de curiosidad.

Era una mujer no muy alta y muy delgada; su cabello moreno, rizado y esponjoso flotaba alrededor de la cabeza en un claro desafío a la gravedad. Mónica conseguía mantenerlo alejado del rostro gracias a una diadema roja, el mismo color de unas enormes gafas de pasta que le ocupaban casi toda la parte superior del rostro. Lucía un vestido vaporoso de flores en mil colores, ceñido a la cintura por un cinturón también rojo, que descendía hasta casi los tobillos dejando ver, por debajo del dobladillo, unas botas militares de piel negra que habían conocido días mejores. En conjunto, todo lo que llevaba Mónica era extraño, se podría decir que extravagante, pero por algún motivo, a la vez todo encajaba a la perfección.

—Hola, señora Bernard, no me conoce… —comenzó a explicar el muchacho—. Me llamo Eric y trabajo con Amanda, la nueva doble de acción de Rita.

—Ah, sí, encantada de conocerte. ¿Tiene Amanda algún problema con el vestuario?

—No, no, no es nada de eso, al contrario… Es solo que me ha dicho que le encanta el reloj que lleva —mintió Eric— y quería saber si me puede ayudar a encontrar uno igual… Me gustaría regalárselo por su cumpleaños.

—¿El reloj…? —dudó la mujer—. Es curioso que preguntes por él. Lo cierto es que no sé muy bien de dónde ha salido. Apareció uno en la caja de accesorios del vestuario de Rita y otro en la de Lena. Eso fue el primer día de rodaje. No eran el modelo que yo había seleccionado, pero ya no había tiempo para buscarlos, así que decidí utilizarlos. La verdad es que el diseño no puede ser más icónico…

—Ah, entonces, ¿no sabe cómo podría conseguir uno? —improvisó el muchacho interrumpiendo a la mujer. Se le acababa el tiempo, pero si Mónica no sabía de dónde habían salido, tal vez

supiese quién podría replicarlos. No perdía nada por intentarlo.

—Acompáñame, van a empezar, no podemos hablar aquí.

La mujer lo llevó de vuelta hasta la sala de vestuario, sobre la mesa del fondo se encontraba su bolso. Del interior sacó una agenda.

—¿Tienes algo para apuntar? —preguntó—. Voy a darte unas cuantas direcciones donde puedes intentarlo, suelo trabajar con ellos cuando necesito alguna pieza para los rodajes en los que trabajo. Diles que vas de mi parte. Necesitarás una fotografía del reloj, por delante y por detrás, cuantos más detalles les des, mejor. Espera, dame tu número y te las mando, siempre hago fotos de todo. Ya sabes, por si algo se pierde.

—¡Qué fuerte! ¡Muchísimas gracias! —exclamó Eric cuando tuvo en su poder todos los datos. El agradecimiento no fue fingido, Mónica Bernard acababa de proporcionarle justo lo que necesitaba para continuar con sus averiguaciones.

Se despidió de la mujer y llamó a Amanda por teléfono.

No contestó.

Volvió a intentarlo.

Tampoco tuvo éxito.

Decidió ir él solo a visitar la lista de tiendas que Mónica Bernard le había proporcionado.

No sabía que su amiga yacía en el suelo de un armario sin poder moverse.

12

AMANDA

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba tirada en el suelo de aquel armario.

Y no es que pudiese alzar la muñeca y mirar la hora en mi reloj, puesto que ese brazo continuaba atrapado debajo de mi cuerpo y mi cuerpo seguía inmovilizado.

En algún momento, me había quedado dormida y acababa de despertarme. La luz había cambiado, era algo menos intensa, más rojiza. Tenía que estar empezando a caer la tarde.

Mi móvil vibró en el bolsillo trasero del pantalón.

Un mensaje.

Iba a tardar todavía un tiempo en poder contestar a quien fuese que acabase de escribirme.

Me aburría.

También estaba un poco preocupada… ¿Y si nunca más podía volver a moverme? ¿Moriría en aquel armario o me encontraría mi familia? ¿Y qué había pasado con Rita? ¿Dónde estaba? ¿Quién se la había llevado? ¿Por qué se la habían llevado?

Intenté responder a las preguntas una a una: estaba claro que habían echado algún tipo de droga a la botella de agua.

Antes o después, se pasaría el efecto y podría moverme de nuevo, así que la respuesta a la segunda pregunta era no. No me iban a encontrar muerta en aquel armario porque no iba a morir en

aquel armario.

Ese pensamiento me tranquilizó bastante, la verdad.

La tercera y la cuarta cuestión eran más complicadas. Sabía lo que había pasado con Rita: la habían secuestrado, eso estaba claro, pero no tenía ni idea de dónde se encontraba ni tampoco quién o por qué la tenían retenida, lo que no contestaba a las dos últimas cuestiones.

En resumen: no podía hacer nada más que esperar a que se pasase el efecto de la droga.

Los minutos fueron transcurriendo de manera más lenta a la habitual. Cada poco rato, intentaba moverme sin mucho éxito hasta que, por fin, los dedos de la mano comenzaron a responder.

¡Sí! ¡Ahí estaba! ¡Se movían!

Poco a poco, fui recuperando la movilidad… y casi fue peor. Tenía todo el lado izquierdo del cuerpo, sobre el que había estado tumbada, dormido. El hormigueo era casi doloroso, pero no me quedaba otra que aguantarme.

Por fin conseguí sentarme y, después, muy despacio, pude ponerme en pie. Notaba las piernas algo débiles todavía; no obstante, era cuestión de tiempo que aquella sensación pasase.

Salí del armario y avancé con pasos vacilantes hasta la parte delantera de la autocaravana.

Era obvio que allí había habido una pelea. El suelo estaba alfombrado de frutas y chocolatinas.

Saqué el móvil del bolsillo y leí mis mensajes. Había varios de Eric pidiéndome que me reuniese con él. Iba a visitar varias tiendas donde esperaba encontrar alguna pista sobre las réplicas del reloj maldito. Me dejaba las direcciones. Luego dos mensajes más de mi amigo preguntándome dónde estaba y pidiéndome que lo llamase. Dos llamadas perdidas de mi tía, además de un mensaje diciendo que la llamase, que estaba preocupada por mí.

Llamé a mi tía y la puse al corriente de lo sucedido.

—¿Estás bien, cariño? —quiso saber—. ¿Quieres que vaya a por ti?

—No, no te preocupes, ya estoy bien —repliqué—. Voy a buscar alguna pista e intentaré encontrar a Rita.

Nos despedimos, cortamos la llamada y marqué el número de Eric.

—¿Dónde estás? —preguntó nada más contestar.

—Hola a ti también…

—Sí, perdona, es que estoy un poco nervioso… Llevo toda la tarde intentando hablar contigo, estaba preocupado.

—Vale, no pasa nada. Estoy en la autocaravana de Rita, la han secuestrado y a mí me han drogado.

—¡¿Qué?! —me interrumpió.

—Sí, lo que oyes. Esto debió de ser como a las dos de la tarde.

Miré el reloj. Me sorprendió ver que solo habían pasado tres horas. Es cierto que, si lo pensamos bien, tres horas sin poder moverte, ciento ochenta minutos tirada sobre un charco en el suelo de un armario, pueden hacerse muy largos. Puede parecer que los minutos, los segundos, se estiran como una goma.

Le hice un resumen con todo lo que había ocurrido desde que había llegado a la autocaravana hasta ese mismo momento.

—Ahora voy a ver si encuentro pistas, tengo que dar con el lugar donde la tienen retenida. Hay que rescatarla.

—¡Qué fuerte! ¿Necesitas que vaya contigo?

—No, no sé si voy a poder encontrarla… Si te necesito, te aviso. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

—No, nada aún. Estoy en la segunda tienda, todavía me quedaría visitar otra, pero de momento, nada.

—Ten cuidado —pedí—. Llama si das con algo.

—Y tú.

Suspiré y miré al suelo, donde las frutas me devolvieron la mirada. Estaba muerta de hambre, pero no me atrevía a coger ninguna por miedo a que también tuviesen alguna droga. Comencé a recogerlas sin apenas darme cuenta, todavía algo atontada por la droga, intentando decidir cuál podría ser mi siguiente paso. Necesitaba alguna pista y allí solo había frutas. Algunas habían

rodado hasta debajo del sofá, así que me tumbé en el suelo y estiré el brazo para sacarlas de su escondite. Palpé bajo el mueble y me hice con una uva, a continuación, saqué una mandarina y, por último, una manzana. Las fui dejando sobre la mesa. Introduje la mano de nuevo para ver si había algo más y mis dedos rozaron algo.

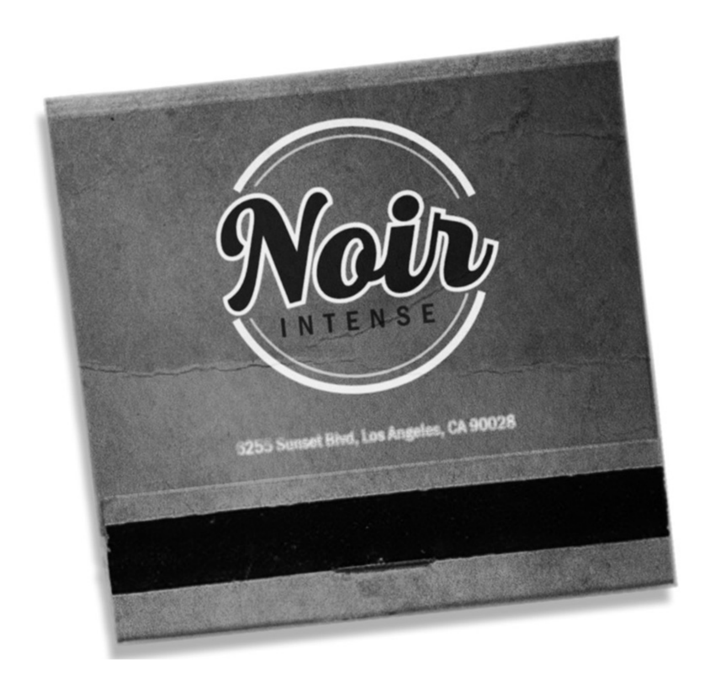
Aquello no era una fruta.

Era un objeto pequeño, casi plano y suave.

Cerré la mano a su alrededor y lo saqué.

Me incorporé todavía con el objeto dentro de mi puño, me acerqué al interruptor y encendí la luz. Solo entonces abrí la mano.

Una caja de cerillas reposaba en el centro de la palma. Brillaba bajo el reflejo de las bombillas y el resplandor no me permitía verla bien. La giré buscando otro ángulo que me permitiese leer lo que había escrito en ella.



Era de color rojo oscuro, casi como la sangre. En su superficie, en letras negras, destacaban las palabras «Noir Intense», bajo ellas,

mucho más pequeñas, unas letras blancas que indicaban una dirección.

Algo me dijo que aquellas cerillas no pertenecían a Rita.

Me encogí de hombros y sonreí.

Acababa de encontrar una pista.

13

ERIC

El chico se bajó del taxi frente a la puerta de la última dirección que le había dado Mónica Bernard. Se encontraba en una calle de apenas tres metros de anchura, de acera insuficiente, casi un callejón, por el que apenas transitaban coches o seres humanos. Sí alcanzó a ver un grupo de gatos buscando la cena junto a un cubo de basura desbordado. La pestilencia de las bolsas que lo rodeaban le inundó las fosas nasales y le hizo arrugar la nariz.

La tarde comenzaba a declinar.

—Buf, qué mal rollo da todo esto… —murmuró para sí mismo.

Uno de los gatos levantó la cabeza y clavó sus ojos amarillentos en el muchacho, desafiándolo a que se acercara. Eric ni siquiera se dio cuenta, tenía la mirada en el cartel que había sobre la puerta de la tienda. En él, sobre un fondo verde oscuro, con letras doradas y estilizadas se leía: «Logan & Son». Debajo, en una tipografía más sobria: «Antigüedades y artesanías». Bajo el letrero, una puerta del mismo color invitaba a entrar en el establecimiento y, a ambos lados de ella, dos estrechos escaparates en los que se acumulaban todo tipo de objetos: sillas de madera, cuadros de marcos dorados, relojes, camafeos antiguos, jarrones de porcelana china…, de todo.



Eric empujó la puerta y un sonido de campanillas acompañó el gesto. Dio un par de pasos y se detuvo.

La puerta se cerró a su espalda.

—Voy, un momento —escuchó desde el fondo.

El interior se encontraba en penumbra, apenas iluminado por la luz del atardecer que conseguía atravesar el polvoriento

escaparate y los charcos ambarinos de alguna lámpara encendida aquí y allá. A ambos lados del muchacho, se acumulaban objetos y muebles de otras épocas, dejando tan solo un estrecho pasillo por el que avanzar.

—Enseguida estoy —insistió la voz.

Eric caminó despacio. Las motas de polvo bailoteaban ante sus ojos en los haces de las bombillas. Conforme avanzaba, miraba los cachivaches que se amontonaban en aquel espacio pequeño y abarrotado, casi angustioso. Sobre una mesa vio un tiovivo de juguete hecho en metal y no pudo reprimir las ganas de tocarlo a pesar del enorme letrero colgado en una de las paredes que rezaba: «Por favor, no tocar».

Era suave y frío al tacto y todavía conservaba los colores originales, vibrantes y alegres.

—¿Te gusta?

Eric levantó la vista para encontrarse los ojos de un anciano que lo miraban divertido. El chico retiró la mano a toda velocidad.

—Oh, vamos, no te preocupes. Puedes tocarlo. No lo vas a romper.

Se trataba de un hombre delgado, no muy alto, encorvado por el peso de los años. La cara, llena de arrugas finas, irradiaba, sin embargo, una vitalidad casi juvenil. Su voz, domada por los años de hablar con clientes, era suave y amable. Vestía un raído traje de franela verde con coderas también verdes, del mismo tono que el cartel de la puerta. En los pies lucía unos mocasines de piel marrón gastados por el uso que, en su momento, tenían que haber sido muy caros. Se calentaba las manos con unos mitones de lana de color ocre, a pesar de que en el interior del establecimiento la temperatura era agradable.

—Querría hablar con el propietario, por favor —pidió Eric.

—Acompáñame.

El hombre lo guio hasta un escritorio situado al fondo de la tienda. Sobre él descansaban montones de libros junto a una antigua caja registradora y una taza humeante.

—¿Quieres un té? Acabo de hervir el agua —le ofreció. Eric negó con la cabeza y el hombre continuó—: Entonces, vamos al grano. ¿Qué deseas?

—Ya se lo he dicho, hablar con el propietario, por favor —

insistió Eric.

—Ya lo estás haciendo.

—¿Es usted Logan?

—Más bien el hijo… Aunque también me llamo Logan. ¿En qué puedo ayudarte? La verdad es que no viene mucha gente a esta tienda. Siempre es agradable poder hablar con alguien.

—¿Y cómo sigue abierta? La tienda, me refiero…

—Que no venga gente no quiere decir que no tenga trabajo. Aquí vendo antigüedades, pero también las restauro o hago réplicas y objetos para diferentes películas. De hecho, el cine es mi mejor cliente.

Eric disimuló el entusiasmo que sentía. Aquello tenía muy buena pinta, creía haber dado con el lugar que buscaba.

—Por eso quería verlo. Una amiga mía está rodando una película y, entre los objetos que lleva, hay un reloj. Le gusta mucho y estoy buscando a la persona que hizo las réplicas para la película para ver si puede hacer otra.

—¿Tienes una fotografía del reloj? —pidió el anciano.

—Sí, un momento.

Eric abrió la mochila y sacó dos fotografías. Había tenido la precaución de sacar copias en papel antes de embarcarse en aquella misión. Se las tendió al anciano, que las observó en silencio.

—Sí, me acuerdo de estos relojes. Hice dos copias. No sabía que eran para un rodaje. Aquel hombre no dijo nada. Trajo el original con él y pidió dos réplicas exactas.

Los ojos de Eric se iluminaron. Había dado en el blanco. Por primera vez desde que había llegado a aquella ciudad, sentía que avanzaba hacia la resolución del misterio detrás de tanto accidente. Ahora estaba claro que había un «alguien» detrás de los accidentes, era la primera prueba sólida que tenía. Aquello confirmaba que su teoría era cierta. Estaba tan cerca de encontrar al culpable que tuvo la sensación de casi poder tocarlo con las manos.

—Ah, ¿y quién era? —intentó—. Lo mismo lo conozco… Ya sabe, del rodaje.

—Eso no te lo puedo decir. En Logan & Son tenemos una política muy estricta en torno a la identidad de nuestros clientes.

Nunca desvelamos un nombre.

—Quiere decir que usted tiene una política muy estricta en torno a la identidad de sus clientes… porque, por lo que veo, aquí solo trabaja usted.

El anciano soltó una carcajada.

—Tienes razón, muchacho. Aun así, no puedo decirte su nombre.

—Pero ya me ha dicho que es un hombre —insistió Eric.

—Y con esa descripción tan detallada solo tienes a la mitad de la población del planeta, si mi viejo cerebro no falla —replicó el hombre con una sonrisa amable.

Tendría que pensar en otra cosa, porque aquel tipo no iba a soltar el nombre de su cliente con facilidad… ni sin ella. Aquel tipo no iba a abrir la boca.

—Vale, pero puede hacer la réplica, ¿verdad?

—Sí, puedo hacerla. Por suerte para ti, no necesitarás volver con mejores fotografías, guardo en mi archivo todos los detalles de aquellas piezas. Pero este trabajo será caro. ¿Seguro que un jovencito como tú puede pagarlo?

—Eso no será problema, pero ¿seguro que un anciano como usted tiene el pulso necesario para hacerlo? —dijo Eric con la mirada fija en las manos del viejo.

Una carcajada risueña escapó de la boca del hombre. Le caía bien aquel muchacho, con sus modales a caballo entre la educación más exquisita y la insolencia más extrema.

—Eso tampoco será problema —dijo todavía riendo.

—¿Cuánto tardará?

—Una semana… Como mínimo.

—¿Tanto?

—¿Quieres que tu amiga pueda mirar la hora en su reloj? —Logan no esperó a que Eric contestase—. Pues tendrás que esperar. Este trabajo es muy delicado.

En realidad, a Eric le daba igual lo que tardase, lo que le interesaba era ver qué sucedía una vez hiciese el encargo.

—Vale, entonces, qué necesita. ¿Le doy mis datos?

—Tendrás que pagar un depósito…

—Como si quiere cobrar el trabajo entero por adelantado —replicó Eric sacando la tarjeta de crédito del bolsillo.

Logan volvió a reír.

—Debes de querer mucho a tu amiga —dijo todavía riendo—. Está bien, dame un segundo y te abro la ficha de cliente.

El anciano atravesó una cortina que había a su espalda. Eric escuchó sus pasos arrastrados durante un par de segundos y, a continuación, un cajón que se abría. Poco después, regresaba con una ficha de cartón en la mano. En una de las esquinas superiores había un número. El hombre anotó los datos de Eric: nombre, dirección en la ciudad, la información de contacto y el trabajo a realizar y cargó en la tarjeta del chico el importe del anticipo.

—¿Quieres copia? —preguntó.

—No, no me hace falta.

De uno de los cajones del escritorio, extrajo una carpeta de cartón del mismo tono de verde que el cartel de la entrada. En la parte de abajo de la carpeta, grabado en letras doradas, se leía «Logan & Son».

El hombre se hizo entonces con un cuaderno de recibos preimpreso con los datos de la tienda y anotó en una de sus hojas el mismo número que había en la ficha, el importe total del trabajo y el importe del anticipo y le estampó un sello rojo con la palabra «pagado». Se lo tendió a Eric con ceremonia. Después grapó la ficha de cliente y el cargo de la tarjeta, lo guardó todo en la carpeta verde y se dirigió de nuevo a la trastienda. Tras unos segundos, volvió a salir.

—Te llamaré cuando esté el reloj.

—Muy bien, muchas gracias.

—Espera, te acompaño a la puerta. —Se ofreció y caminaron juntos hasta la entrada. El anciano le tendió la mano antes de que el muchacho saliese—. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—Lo mismo digo —replicó Eric con una sonrisa.

Y lo decía en serio.

A simple vista, podría parecer que el chico había fracasado puesto que no había conseguido el nombre de la persona que había encargado los relojes. No obstante, aquella visita había resultado ser en realidad de lo más útil, puesto que ya sabía dónde encontrar la información.

Era la primera vez que el chico iba a hacer algo parecido, pero era necesario si quería seguir adelante con la misión. Se dijo que

podía llamar a Amanda, pero ella estaba en lo de rescatar a Rita y no quería molestarla. No, no podía llamar a su amiga.

A pesar de todo lo que se decía para animarse, Eric estaba algo asustado. Sin embargo, también le parecía muy emocionante tener la oportunidad de demostrar que él también podía hacer cosas arriesgadas, como las que hacía Amanda.

Por una vez quería ser valiente.

Cuando el señor Logan se marchase a casa, Eric pensaba hacer una visita furtiva a aquella trastienda.

14

AMANDA

Miré la fachada del edificio que tenía frente a mí. En sus cuatro pisos de altura predominaba el ladrillo, los muros estaban salpicados con ventanas de madera más altas que anchas y pequeños balcones de hierro negro. No había demasiados adornos, se trataba de una arquitectura funcional y sencilla.

En la planta baja había varios establecimientos comerciales, entre ellos, y situado en la esquina izquierda, el Noir Intense, que tenía toda la pinta de ser un *pub*, por lo que pude ver a través del ventanal.

Y si era un *pub* —algo bastante probable, debido a una barra de madera que lo recorría desde casi la puerta hasta la pared del fondo, y también a las mesas y cubículos privados de la pared frente a ella—, a mí, una menor de edad, no me iban a permitir entrar.

Y necesitaba entrar. Era absurdo esperar a que el camarero se tomase un descanso para intentar sonsacarle algo, puesto que yo no tenía nada. La descripción de unos zapatos horrorosos y una caja de cerillas era toda la información con la que contaba… y no creía que eso me sirviese de mucho.

Así que, ahí estaba, intentando encontrar la manera de entrar en aquel *pub* sin que nadie me viese para poder curiosear a mi antojo.

El edificio tenía cuatro pisos de altura. No le veía mucha utilidad a subir hasta la azotea, desde allí no podría escuchar lo que

sucediese en el establecimiento de la planta baja.

Caminé por la acera hasta la esquina y giré buscando alguna ventana por la que colarme.

Nada. No había ni una.

Continué mi paseo de inspección hasta que di con un callejón. Era oscuro, húmedo y estrecho, por él no circulaban los coches ni las personas. Allí solo había contenedores de basura y ratas.

Me encogí de hombros y entré en él.

Vi varios balcones iguales a los de la fachada, pero desde estos descendía zigzagueando, una escalera de incendios que se cortaba en el balcón más cercano al suelo.

Tampoco me era muy útil porque yo no quería subir a ningún sitio.

Al nivel del suelo, había dos ventanucos cubiertos por barras de hierro y cristales opacos debido a la suciedad que se acumulaba en ellos.

No perdía nada por mirar, pero para hacerlo, tendría que arrodillarme en aquel pavimento repugnante y no era algo que me apeteciese mucho.

Me agaché y, con la manga de mi sudadera, limpié un poco el cristal de la primera ventana, lo justo para mirar a través de él.

Un cuarto de baño. Debía de ser el del *pub* y aquello tenía que ser un sótano. Parecía prometedor.

Me acerqué a la siguiente ventana y repetí la misma operación.

Acerqué la cara todo lo que pude al cristal y miré.

Dos hombres en una estancia. Un despacho no muy grande. Desde donde yo estaba, por encima de ellos, no les veía los rostros, solo las coronillas, tampoco podía escuchar lo que decían. No sabía si eran los que se habían llevado a Rita o no.

Acerqué más el rostro a la ventana, para lo que tuve que tumbarme por completo en aquel suelo mugriento. En la pared de la derecha había un espejo, tal vez pudiese verles el rostro e intentar leerles los labios en el reflejo, pero nada. Se encontraban de espaldas a él.

Un brilló captó mi mirada. Mis ojos descendieron por la imagen del espejo hasta que por fin los vi.

Los zapatos horrorosos.

¡Eran ellos!

¡Los había encontrado!

Parecían estar discutiendo, pero desde mi posición no se oía nada.

Tenía que entrar allí como fuese. Si ellos estaban en aquel sótano, Rita no podía andar muy lejos.

Me puse en pie y me aproximé a la ventana del baño. Pegué un tirón a uno de los barrotes de hierro.

Se mantuvo firme en su posición. Ni siquiera tembló un poquito.

Estaba claro que la fuerza no iba a ser de ayuda para resolver aquel problema.

Caminé algunos pasos más por el callejón buscando una solución. Algo que se me hubiese pasado. Tampoco es que allí se viese mucho. La noche ya había caído y la oscuridad me rodeaba, por lo que alcé una mano y comencé a avanzar tocando la pared.

No me llevó mucho, unos metros más allá mis dedos tocaron metal en lugar de ladrillo.

Una puerta.

Extraje mi juego de ganzúas del bolsillo, encendí la linterna y la sujeté entre los dientes, necesitaba ver lo que hacía y necesitaba ambas manos. Por suerte, la cerradura era bastante básica y no me llevó mucho forzarla.

Apagué la linterna, guardé mis ganzúas de nuevo y abrí la puerta.

Esperé unos segundos hasta que mis ojos se acostumbraron de nuevo a la oscuridad.

Me encontraba en un descansillo. A mi izquierda, unos peldaños ascendían hasta el bar, desde el que llegaba el murmullo de la charla y de la música. A mi derecha, una escalera se adentraba en la negrura.

Descendí peldaño a peldaño con cautela, intentando no hacer

ruido, preparada para volver por donde había venido a toda velocidad si los dos tipos aparecían por sorpresa.

Llegué a un pasillo apenas iluminado por una bombilla solitaria que colgaba del techo, en él, tres puertas. Por su posición, las dos últimas pertenecían al despacho y al cuarto de baño. La primera era todo un misterio, por lo que sabía, uno sin ventanas al exterior.

Caminé hasta ella vigilando que nadie viniese y vi un cerrojo. Lo descorrí despacio, esperando que chirriase en cualquier momento y me delatase.

No lo hizo.

Abrí la puerta y asomé la cabeza al interior sin saber muy bien qué iba a encontrar, si bien un cerrojo cerrado me indicaba que, tal vez, solo tal vez, dentro estuviese Rita.

No me equivocaba.

Entré en la habitación y cerré a mi espalda. Se trataba de un almacén cuadrado y pequeño. En tres de sus muros, y escalando hasta el techo, había estanterías de metal. En ellas se acumulaban botellas de diferentes licores, refrescos y bolsas con aperitivos.

Frente a mí, atada a una silla, se encontraba Rita. Abrió mucho los ojos y comenzó a gritar a través de la mordaza que le tapaba la boca.

—Shhhhhh. Shhhhhh. No hagas ruido —le pedí acercándome a ella a toda prisa—. Voy a sacarte de aquí, no te preocupes.

Rita se calló de inmediato y yo comencé a desatarla.



—Antes de quitarte la mordaza, tienes que prometerme que no vas a gritar y que vas a hacer lo que yo diga.

La chica asintió, por sus mejillas descendían gruesas lágrimas.

Desaté la mordaza, asegurada con dos nudos en la nuca y la guardé en el bolsillo trasero.

—Vale, ya está. ¿Sabes quiénes son estos hombres? —susurré.

—No tengo ni idea. ¿Qué haces aquí? ¿Has venido tú sola? ¿Estás loca?

Necesitaba averiguar quiénes eran aquellos hombres y por qué la habían secuestrado, pero el parloteo continuo de Rita no me permitía pensar.

—Cállate —ordené en apenas un murmullo—. Necesito pensar.

—No me mandes que me calle…

—Vale, pues no te calles. —Me di media vuelta y me dirigí a la salida—. Parece que no necesitas a nadie que te rescate, así que me largo…

—¡No! —exclamó alzando la voz. La mirada que le lancé fue bastante elocuente, ya que enseguida volvió a bajar el tono—. No —repitió mucho más bajo—. No me dejes aquí… Ayúdame.

—Pues deja de actuar como una diva —repliqué con tono desagradable.

Ella asintió avergonzada y eso consiguió que yo también me avergonzase un poco por cómo la estaba tratando. Estaba siendo cruel de manera innecesaria. Rita solo era una niña asustada y yo la estaba asustando más. Suspiré e intenté tranquilizarla.

—Quiero ayudarte, para eso he venido, ¿no? —me acerqué a ella y le puse las manos en los hombros—. Te prometo que vas a salir de aquí de una sola pieza, pero tengo que saber quiénes son esos hombres y por qué te han secuestrado. Necesito pensar un plan.

Rita asintió de nuevo y sus labios dibujaron una tenue sonrisa. Estaba aterrorizada, pero intentaba disimularlo.

Tuve una idea, puede que fuese algo loca, pero podría funcionar.

La miré de arriba a abajo un par de veces. Era obvio que teníamos la misma estatura y talla, nuestros cortes de pelo eran similares y, Eric tenía razón, bien visto, nos parecíamos bastante… Sí, podría funcionar.

—Quítate la ropa —dije empezando a desvestirme yo también.

—¿Por q…?

—Rita, no tenemos mucho tiempo —la interrumpí inyectándole toda la amabilidad que pude a mis palabras.

Rita comenzó a hacer lo que le había dicho.

—Vale, ahora ponte mi ropa y dame la tuya.

Hizo lo que le pedía sin abrir la boca. Comenzamos a vestirnos cada una con las prendas que se había quitado la otra.

—Muy bien, ahora escúchame bien y haz todo lo que te diga.

15

ERIC

Eric esperaba tras los cubos de basura a que el señor Logan se marchase a su casa. Al principio, la peste que emanaba de aquellos contenedores le había resultado hasta ofensiva, sin embargo, a aquellas alturas, ya ni lo notaba. Su nariz se había acostumbrado al hedor. Solo esperaba que su ropa no terminase oliendo igual.

Los gatos, que en un primer momento habían huido en todas direcciones, habían regresado y rebuscaban entre las bolsas sin prestar mayor atención al muchacho que, para ellos, había pasado a formar parte del paisaje.

Tuvo que estar allí todavía un buen rato… y el dueño de la tienda no se marchó.

Desde su posición, Eric vio cómo el hombre echaba la llave de la puerta, todavía desde el interior del establecimiento. Poco después las luces se fueron apagando una a una y un par de minutos más tarde, se encendió una luz en una ventana situada sobre el escaparate.

«Genial, vive en el piso de arriba», pensó Eric.

Eso suponía un nuevo problema: necesitaba forzar la puerta de entrada y buscar en la trastienda el archivo que necesitaba. Todo ello en completo silencio, porque si el anciano lo oía, bajaría y lo descubriría.

—¡Qué fuerte! —murmuró.

Los gatos lo miraron como pensando que tal vez ese muchacho sí fuese peligroso para ellos después de todo.

—Seguid a lo vuestro, no pienso haceros nada —resopló Eric saliendo de su escondite.

Alzó la vista hasta la ventana iluminada. Un reflejo en el techo de la vivienda le indicó que el hombre había encendido el televisor. Puede que tuviese una oportunidad de conseguir lo que necesitaba sin que el viejo lo pillase, suspiró y se dirigió a la puerta.

Era hora de volver a usar las ganzúas que Benson le había dado.

No le llevó mucho forzar la cerradura y entrar. Lo difícil era todo lo demás. Por suerte, en el interior no había cámaras de vigilancia, las había buscado en su anterior visita sin encontrar ninguna.

Encendió la linterna del móvil y avanzó con pasos cautelosos hasta la trastienda sin saber bien qué iba a encontrar allí, puesto que no había podido verla. Cuando llegó, su peor pesadilla se vio cumplida: un enorme archivador de madera con cajones también de madera que ocupaba toda la pared.



Le iba a llevar horas encontrar la ficha de quien había encargado los relojes… y no tenía horas. El anciano lo pillaría muchísimo antes. Estaba seguro.

Se aproximó al inmenso mueble y vio unas etiquetas pegadas en cada uno de los cajones. Alumbró con la linterna… y suspiró

con alivio.

Cada cajón pertenecía a un año.

Abrió despacio el que correspondía al año en el que estaban y vio que habían sido organizados por meses. Comenzó a buscar en orden desde enero. Le llevó varios minutos. Cuando las hubo revisado todas, se dio cuenta de que allí no había ni rastro de la carpeta. Volvió a mirar en todas, le extrañaba que no se encontrase allí.

Por fin se dio por vencido.

Cerró el cajón y abrió el del año anterior. Fuese quien fuese la persona que había encargado aquellas réplicas, llevaba mucho tiempo preparándolo.

Comenzó a revisar los archivos del nuevo cajón, esta vez empezando por el mes de diciembre.

Por fin dio con la carpeta que buscaba, estaba guardada en octubre. La abrió y fotografió con el móvil todo lo que había en su interior: ficha de cliente, recibos de los pagos, imágenes del reloj original, imágenes de las copias, todo organizado y con notas añadidas por el señor Logan para poder hacer un trabajo perfecto. A continuación, volvió a dejarlo todo tal y como lo había encontrado y abandonó la trastienda.

Se dirigió a paso lento, cauteloso, hacia la salida. Alumbraba frente a sus pies con el móvil, intentando no tropezar con cualquiera de los chismes que se amontonaban a un lado y a otro del estrecho pasillo.

Ya veía la calle al otro lado del cristal de los escaparates cuando escuchó algo a su espalda. Se dio la vuelta a toda velocidad, esperando ver al señor Logan, sin embargo, no había nada ni nadie… Supuso que los muebles viejos eran como las casas viejas: hacían ruidos misteriosos cuando uno menos se lo esperaba.

Se volvió de nuevo hacia la puerta con un suspiro de alivio, pero en el movimiento rozó algo con el culo.

Fue un roce leve, suave, Eric ni siquiera se dio cuenta, pero ese algo se movió lo suficiente como para quedar en equilibrio precario en el borde de la consola sobre la que se encontraba. Era cuestión de suerte —o de mala suerte— que cayese o no.

El muchacho solo tuvo tiempo de avanzar un par de pasos más

cuando el objeto, atraído por la fuerza de la gravedad, voló en caída libre los ochenta centímetros que lo separaban del suelo.

Sonó como si hubiesen arrojado doscientas cincuenta latas vacías.

Eric se encogió en el sitio.

A continuación, giró sobre los talones y alumbró el pasillo para ver qué había sido aquel estruendo.

A sus pies, convertido en un puzle de metal de más piezas de las que tenía tiempo de contar, yacía el tiovivo de metal.

—¡Qué fuerte! —se lamentó en un susurro—. Cuando ya casi estaba fuera…

A su derecha se iluminó una escalera que no había visto hasta ese momento y escuchó los pasos del señor Logan.

—¿Quién anda ahí?

Fue como el pistoletazo de salida para el chico.

Eric salió disparado hacia la puerta, salió por ella como una exhalación y siguió corriendo por la calle hasta que dejó la tienda muy atrás. Solo entonces se permitió parar y tomar aire.

Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba eufórico por haber podido conseguir la información que necesitaba sin ayuda de Amanda. Era la primera vez que se enfrentaba él solo a algo así. Pero, por otro, lamentaba haber perturbado el descanso de un anciano, a quien con total seguridad le había dado un susto de muerte. Pensó en regresar sobre sus pasos para ver si el señor Logan se encontraba bien, si bien, al final decidió que eso no sería una buena idea.

Tendría que vivir con ello.

Al fin y al cabo, no es como si hubiese robado a aquel hombre, solo había hecho algunas fotografías…

Tenía claro cuál debía ser el siguiente paso.

16

AMANDA

Me asomé a la puerta y miré que el pasillo estuviese libre.

—Vale, sal ahora —murmuré—. Ya sabes, sube el primer tramo de la escalera, ahí hay una puerta. Una vez fuera, llama a mi tía y cuéntale todo lo que ha pasado. Toma, quédate mi móvil; en él está el número y ya le he quitado el bloqueo.

—¿Estás segura? —preguntó Rita con voz temblorosa—. ¿Tú vas a estar bien?

—Sí, no te preocupes, yo voy a estar bien… Y recuerda, echa el cerrojo al salir, así no sospecharán nada cuando entren.

La joven asintió y sonrió. A continuación, salió y esperé hasta que escuché el roce del metal al cerrar el cerrojo. Apoyé la oreja en la puerta para asegurarme de que conseguía largarse sin problemas.

La verdad era que no oía nada, pero, si escuchaba gritos, sabría que había problemas y tendría que cambiar mi plan sobre la marcha. Es decir, cuando metiesen a Rita de nuevo en el almacén, tendría que dejarlos fuera de combate y llevarme a la actriz a un lugar seguro… Sin haber averiguado por qué la habían secuestrado o quién había dado la orden de hacerlo.

No fue necesario, unos minutos después di por hecho que Rita había escapado sin incidentes.

Me dirigí a la silla donde había estado atada la actriz, me senté en ella y me enrollé las cuerdas en torno a los tobillos sin atarlas. Lo

único que no pensaba ponerme era la mordaza, no me hacía mucha ilusión meterme en la boca aquel trapo sucio. Total, no es que aquellos hombres fuesen a poder hacer mucho… Pensaba sacarles la información que necesitaba y pirarme de allí. Calculaba que unos quince minutos después de que atravesasen la puerta, el trabajo estaría hecho.

Llevaba un buen rato esperando a que los secuestradores hiciesen acto de presencia y ya comenzaba a aburrirme. Tal vez pudiese animarlos a pasarse por aquí, así que comencé a gritar todo lo que me permitían los pulmones.

—¡HOLA! ¿HAY ALGUIEN AQUÍ?… ¿HOLA? ¡¡¡TENGO QUE IR AL BAÑO!!!

Continué así durante otro rato, no mucho, cuando uno de aquellos hombres abrió la puerta del almacén.

Genial, si venían de uno en uno, la cosa iba a ser mucho más sencilla de lo que había esperado.

—¿Qué pasa? —Era Glotón, por fin pude ver su cara roja, gruesa y congestionada. El nombre le iba perfecto—. ¿A qué vienen esos gritos?

—Tengo que ir al baño —repliqué con una sonrisa.

—¿Cómo te has quitado la mordaza?

Aquello era perfecto, ni siquiera se había dado cuenta de que no era Rita.

—¿Por qué me habéis secuestrado?

—Eso se lo preguntas al jefe. —Sonó más parecido a «*eoseloreguntasarjefe*». Aquel hombre tenía un grave problema a la hora de vocalizar.

—¿Eh? No te entiendo…

Repitió lo que había dicho, pero esta vez alzó la voz un poco más.

—A ver —dije—, te oigo bien, pero no entiendo lo que dices… ¿No podrías intentar pronunciar?

Glotón se puso más rojo de lo que ya era, echaba humo por la nariz. Se acercó a grandes zancadas. El suelo casi temblaba a su

paso.

Era mi momento.

Me puse en pie y lancé un puñetazo a su enorme nariz. Giré hasta ponerme a su espalda y atrapé su cuello con el brazo para dejarlo sin sentido. Pocos instantes después, se derrumbaba sobre el suelo inconsciente.

Amanda 1 - Matones 0

Necesitaba economizar las cuerdas, puesto que eran dos personas y solo tenía tres pedazos de soga, así que, tumbado sobre su redonda barrigota, le até las manos y los pies a la espalda con una sola pieza y aguardé a que viniese Cobra.

No necesité esperar mucho. Poco después escuché sus pasos —y su voz siseante— en el pasillo.

—¿Se puede saber qué haces? ¿No puedes controlar a una niña?

Asomó la cabeza por el umbral y vio a su compañero atado en el suelo.

—¿Qu…? —comenzó a decir entrando en la habitación.

No tuvo tiempo para mucho más. Yo me había escondido detrás de la puerta con una botella en la mano. Se la estampé en la cabeza según dio un paso en el interior del almacén y se derrumbó igual que su compañero.

Amanda 2 - Matones 0



Fin del partido.

Lo até igual que al otro, cerré la puerta y esperé a que alguno de los dos recobrase el sentido.

El de los zapatos horrorosos fue el primero en hacerlo.

—¿Qué quieres? —gruñó—. Tú no eres la actriz esa. Os parecéis,

pero no eres ella. ¿Quién eres?

—Da igual quien sea yo. Lo que quiero saber es quiénes sois vosotros y por qué habéis secuestrado a Rita.

—Para saber eso no era necesario que me pegases, niña, bastaba con preguntarlo…

—Vale, lo siento —refunfuñé—, pero no me has contestado.

—Richard Thomsing, el director de cine, le debe dinero a mi jefe. Solo intentábamos asustarlo un poco para que pagase. No íbamos a hacerle nada a esa chiquilla. Si no podía rodar, tendría que pagar. Eso es todo… Y tú nos has fastidiado el plan. El jefe se va a enfadar mucho.

—¿Sois prestamistas?

—Algo así. El jefe tiene más negocios, nosotros solo hacemos lo que nos dicen.

Medité unos instantes sobre lo que acababa de escuchar. ¿Por qué lord Richard había pedido prestado dinero? ¿Y por qué a unos mafiosos como aquellos? Porque estaba segura de que eran mafiosos… o los matones de turno.

—Decidle a vuestro jefe que no se preocupe, mañana tendrá el dinero. Me encargaré de que así sea.

Tomé una decisión. Si era necesario pagaría yo la deuda de lord Thomsing, pero antes necesitaba hablar con él. Tenía que saber para qué lo había pedido prestado, aunque me hacía una idea bastante aproximada.

—Bueno, caballero, tengo que marcharme. Ha sido un placer —dije haciéndole una reverencia al hombre que seguía tirado en el suelo, atado de pies y manos; el otro continuaba fuera de juego.

—¿Vas a dejarnos así? —preguntó—. El jefe nos va a matar cuando sepa esto.

La verdad, me apiadé un poco de aquellos dos hombretones. Me acerqué a él y aflojé un poco los nudos. Tardaría unos minutos en desatarse, lo justo para que a mí me diese tiempo a largarme por donde había venido, que es lo que hice.

La tía Paula estaba en la puerta del bar. Había venido a

buscarme y había sido puntual. Por lo visto, al llamarla, Rita le había dado mi mensaje de manera exacta.

17

ERIC

Entró en una cafetería y se sentó en una de las mesas con el móvil en la mano. El camarero le tomó nota mientras él abría la galería de fotos y comenzaba a mirarlas, buscando el nombre de la persona que había encargado las réplicas. Amplió la imagen y lo leyó.

El nombre no le decía nada. No conocía a nadie en el rodaje que se llamase así, aunque tampoco conocía a todo el personal del estudio.

—Vaya, no esperaba encontrarte en este lugar, muchacho —dijo alguien junto a Eric—. ¿Cómo va todo?

El chico alzó la vista.

—Señor Lab, qué casualidad, ¿qué hace aquí? Siéntese, por favor.

—Vivo cerca, me gusta este sitio —explicó el hombre sin dar muchos detalles—. ¿Y Amanda? Me extraña no verla contigo.

Eric hizo una seña al camarero, que regresó y tomó nota al señor Lab.

—Está… —Eric dudó. No sabía si Victor Lab sabía algo del secuestro de Rita.

—No me digas… Ha ido a rescatar a Rita y, por no variar, tú te has quedado atrás.

—¡Qué fuerte! ¿Sabe lo del secuestro?

Victor rio.

—A estas alturas lo saben todos en el set. ¿Dónde has estado toda la tarde?

El camarero regresó con dos tazas de té y las dejó en la mesa.

—Ah, he estado por ahí. —Fue el turno de Eric de no dar muchos detalles—. No me había enterado.

—Pues sí, los secuestradores le han enviado una nota a Richard. No sé mucho más. No he podido hablar con él después de que la recibiese. Por cierto, ¿qué miras con tanto interés en el móvil? ¿Es uno de esos youtubers que tanto os gustan a los jóvenes?

—No, no es eso. Ya sabe que estamos ayudando a Richard… —Eric decidió contarle lo que habían averiguado hasta el momento, al fin y al cabo, era la mano derecha de lord Richard Thomsing y tenían su permiso para hacerlo—. Creo que tengo la dirección del culpable, de la persona que ha provocado todos esos accidentes.

Victor alzó las cejas en lo que a Eric le pareció un gesto de apreciación y emitió un silbido.

—¿Cómo se llama?

Eric le dio el nombre.

—No me suena, no tengo ni idea de quién puede ser. ¿Lo has conseguido tú? —preguntó—. ¿Sin Amanda? Pensaba que ella era la que hacía estas cosas y tú, su ayudante.

—Y así suele ser, pero esta vez me he adelantado —replicó el chico con orgullo nada disimulado—. Ella estaba liada con lo de Rita.

En ese momento, le sonó el teléfono, era Amanda. Colgó la llamada sin contestar, ya hablaría con ella más tarde.

—Y ahora te estás planteando ir tú solo a esa dirección y acabar lo que has empezado… —continuó Victor. Eric asintió—. Ya veo… ¿Qué te parecería que te acompañase? Los dos hombres en la silla convirtiéndonos en los héroes por primera vez, ¿qué dices?

El rostro del muchacho se iluminó.

—¿Lo dice en serio?

—Claro que sí, muchacho. Ya está bien de quedarnos siempre atrás.

—¡Eso sería genial!

—Acabemos esto, paguemos y vayamos allí, no está lejos. Yo conduzco, tengo el coche en la puerta.

Levantó la taza de té en un brindis y le guiñó un ojo a Eric.

AMANDA

Le conté a la tía Paula todo lo que había sucedido desde que había hablado con ella antes de ir a rescatar a Rita. Estábamos en un café muy bonito a un par de kilómetros del lugar en el que habían tenido secuestrada a la actriz. Lord Richard, lord Thomas y Benson nos acompañaban. El mayordomo había vuelto hacía tan solo un par de minutos tras llevar a Rita a su caravana y acababa de devolverme el teléfono que yo le había prestado a la actriz. Solo faltaba Eric, pero no conseguía dar con él. Había intentado llamarlo en el mismo instante en el que Benson me había dado el móvil, pero mi amigo había cortado la llamada.

—Lord Richard, lo siento, tengo que hacerle esta pregunta: ¿Por qué pidió dinero a esos hombres? —quise saber. El director se sonrojó, avergonzado.

Suspiró y se dispuso a contar los motivos:

—Después del incendio del decorado, estaba desesperado. Los productores querían cancelar la película, pero yo deseaba hacerla… Puede significar un gran cambio en mi carrera.… Necesitaba ese dinero para reconstruir el set. Esperaba recuperar la inversión cuando se estrenase, dado que me llevo un porcentaje de la taquilla. Pensé que podría conseguir que estos… —titubeó, no sabía muy bien cómo llamarlos— prestamistas esperasen a entonces para cobrar, pero ya ves que no ha sido así.

—¿Cree que estos hombres podrían estar detrás de los accidentes? —seguí preguntando.

—No, no lo creo. Creo que lo sucedido hoy es otra gota más de mala suerte, Si bien, gracias a ti se ha solucionado con rapidez… aunque tendré qué pagarles. No sé de dónde voy a sacar esa cantidad.

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó lord Thomas—. Yo podría haberte prestado ese dinero. Puedo prestártelo aún.

—No, Thomas —replicó lord Richard—. Siempre tienes que ayudarme, quería hacerlo yo solo, demostrar que soy capaz, y

ahora…

Lord Richard se llevó las manos a la cabeza con desesperación. Al hacerlo, la manga del jersey se le subió dejando al descubierto la muñeca.

Mis ojos se abrieron por la sorpresa.

—E… E… Ese… —Estaba tan nerviosa que no podía dejar de tartamudear. Señalaba a la vez en dirección al pedazo de piel que había quedado a la vista.

—¿Qué pasa, cariño? —Se preocupó mi tía.

—Ese reloj —conseguí decir por fin—. ¿Quién se lo ha dado?

No me explicaba cómo no me había dado cuenta antes, lord Richard llevaba otra réplica del reloj en su muñeca. Y me jugaba todo lo que tenía a que era el auténtico, no una réplica como el mío, aunque tampoco tenía forma de comprobarlo, claro.

—¿Esto? —preguntó el director—. Es un regalo.

—¿Quién se lo hizo?

Su respuesta me dejó alucinada.

Teníamos al culpable.

18

ERIC

Llegaron a la vivienda poco después. Se trataba de una casa unifamiliar de una sola planta con un pequeño jardín en la parte delantera. Un camino de cemento se abría paso entre el césped hasta la puerta del garaje adosado y otra senda embaldosada llevaba hasta la entrada de la casa. A ambos lados de ese segundo camino, había arbustos esféricos, como vigilantes silenciosos.

Las farolas de la calle alumbraban una fachada blanca con tejados oscuros a media agua, a izquierda y derecha, uno más elevado que el otro. Las ventanas de la casa indicaban que no había nadie en su interior. No había ninguna luz encendida.

Era bonita y el jardín estaba cuidado. Eric habría apostado todo lo que tenía a que en la parte trasera había otro jardín con una piscina que, gracias a su iluminación acuática, emitía un resplandor azulado en medio de la noche… y no habría perdido.

Victor aparcó el coche en la acera de enfrente.

—Bueno, ¿ahora qué? —preguntó el hombre.

—Ahora intentamos entrar —replicó Eric.

—¿Para qué? —insistió.

—Porque todavía no sé quién vive aquí, tal vez haya dado un nombre falso. A usted tampoco le sonaba.

—Podemos mirar el buzón —sugirió Victor—. No haría falta entrar.

—Tiene razón. Eso no lo había pensado. —Eric se sintió muy tonto. No sabía por qué, pero quería impresionar a aquel hombre.

—Hacemos un buen equipo —afirmó con una sonrisa—. Vamos allá.

Salieron del automóvil y caminaron hasta el buzón, situado frente a la senda de baldosas que llevaba a la puerta principal del domicilio. Eric alumbró con la linterna de su móvil una placa que había en él.

—Nada —dijo—. Aquí solo pone la dirección, ningún nombre. —Metió la mano por la rendija y palpó el interior—. Tampoco hay ningún sobre. Tenemos que entrar. Seguro que dentro hay algún recibo o carta que nos indique quién está detrás de todos esos accidentes.

Victor hizo un gesto invitándolo a ir por delante.

El chico sacó su juego de ganzúas sin dejar de caminar, sin embargo, vio algo que le indicó que, en aquella ocasión, no iba a necesitar utilizarlas.

—Esa ventana está abierta, creo que puedo colarme por ella. Ahora le abro la puerta.

—Y yo creo que ha llegado el momento de que me tutees, Eric —replicó Victor con una carcajada.

El chico entró y, poco después, abrió la puerta. No encendieron las luces para no alertar al propietario si regresaba.

—Si nos separamos, tardaremos menos, no sabemos cuándo van a volver. Yo buscaré por las habitaciones, busca tú por la cocina y el salón —propuso Eric—. Ah… ¡Y no enciendas la luz!

Se separaron y cada uno fue por un lado.

Eric avanzó despacio por un pasillo negro hasta la primera abertura, otra boca desdentada en forma de puerta. Alumbró el interior con la linterna del móvil y vio que se trataba de un dormitorio. Los muebles eran elegantes y sencillos, un cuadro decoraba la pared frente a la cama. Algo le dijo al chico que la casa pertenecía a un hombre, para ser exactos, se lo dijo una corbata y una chaqueta de caballero que vio colgados en el respaldo de una butaca. Abrió los cajones de las mesillas en los que encontró varios libros, un par de cargadores y poco más, se dirigió al armario sin muchas esperanzas. En su interior, como era de esperar, solo había ropa. Masculina. Miró la talla e hizo fotografías a las prendas; si no encontraban nada, podrían ser una pista para dar con el culpable.

Salió y continuó por el pasillo hasta un cuarto de baño, rebuscó en cajones y armarios sin desordenar nada, pretendía que el dueño no advirtiera que había pasado por allí.

Lo siguiente fue un despacho, aquello le pareció más prometedor. Se acercó a la ventana, que daba a la parte trasera de la casa y, tal y como había pensado, vio un jardín. En él había una amplia piscina, una cocina de exterior, una mesa de madera rodeada de sillas a juego, varias tumbonas para tomar el sol con una sombrilla junto a ellas y un rincón con sofás y sillones que parecían muy cómodos. Resultaba muy acogedor. Se trataba de un lugar pensado para disfrutar con la familia o con los amigos, a pesar de no haber visto nada que le indicase que aquel hombre misterioso tuviese familia.

Suspiró y se dio media vuelta para enfrentarse a la estancia.

Una estantería de suelo a techo ocupaba toda la pared del fondo. Delante de ella, un enorme escritorio de madera y dos pantallas sobre él, una frente al ordenador, otra a la derecha. Una silla de oficina tras el escritorio completaba aquella parte del despacho.

La zona que quedaba más cerca de la puerta estaba ocupada por un sofá de piel marrón, una butaca a juego y una mesa baja. Se aproximó a la estantería y alumbró con el haz de la linterna lo que allí había.

En uno de los estantes, una fotografía captó su atención.

La cogió para mirarla con más detalle.

Lo que vio le congeló la sangre en las venas.

Dejó la fotografía en su sitio de manera apresurada y se abalanzó al escritorio, necesitaba confirmar sus sospechas.

Abrió los cajones uno a uno para buscar alguna correspondencia, sin encontrar nada.

Al final, su mirada se topó con una de las pantallas del ordenador.

Si el propietario de aquella casa era como él, el ordenador estaría en reposo y bastaría con apretar cualquier tecla en el teclado para ver a quién pertenecía.

Pulsó una letra al azar y esperó.

La pantalla se iluminó dando la bienvenida al dueño del ordenador.

Los ojos de Eric se agrandaron por la sorpresa… y un poco también a causa del terror que sentía. Un sudor frío le resbaló por la frente y sintió la boca seca.

Se había metido en la boca del lobo… acompañado del lobo.

Tecleó un mensaje a toda prisa en el móvil y lo envió. A continuación, lo borró para que no quedase rastro.

La luz del despacho se encendió sin previo aviso.

Eric supo que estaba perdido.



19

AMANDA

—¿Podemos ir más deprisa? —pregunté nerviosa volviendo a marcar el número de Eric.

Hacía unos minutos, cuando ya estábamos en camino, había recibido un mensaje suyo pidiendo ayuda y la dirección en la que se encontraba. Desde entonces, había estado llamándolo sin éxito.

La dirección que me había enviado era la misma que nos había dado lord Richard.

Y lord Richard nos la había dado al preguntarle yo quién le había regalado el reloj que llevaba en la muñeca y responderme que su amigo Victor Lab.

En ese momento supe que todo era culpa del señor Lab. Lo que no tenía nada claro eran sus motivos para intentar sabotear el rodaje de lord Richard.

Estaba segura de que el reloj que le había regalado Victor era el original, pero no sabíamos muy bien qué hacer con él, puesto que lo llevase quien lo llevase, iba a darnos mala suerte. Por fin, Benson decidió que lo llevaría él. Lord Richard se lo entregó sin dudar y sin hacer preguntas. Una vez que los puse a todos al corriente de lo que habíamos descubierto Eric y yo sobre el reloj maldito, estaba deseando quitárselo de encima.

—Si su pregunta se refiere a si puedo ir más deprisa, la respuesta es que sí, puedo ir más deprisa —replicó Benson—. Si su pregunta

se refiere a si debo ir más deprisa, la respuesta es que no. Voy al límite permitido y pretendo que no nos pare la policía. A mí también me gustaría llegar cuanto antes, señorita Amanda.

—Vale, recibido —refunfuñé—. Y no me llames «señorita».

—De acuerdo, recibido —replicó Benson con voz amable—. No la llamaré señorita.

—Tranquila, cariño —dijo mi tía posando una mano en mi hombro—. Eric va a estar bien.

—No me puedo creer que haya sido Victor —musitó lord Richard Thomsing sentado al otro lado de mi tía—. Todo este tiempo era Victor… No me lo puedo creer. ¡Si es mi mejor amigo!

—Tranquilo, Richard, todo va a estar bien —aseguró lord Thomas desde el asiento del copiloto.

Poco después, llegamos a casa de Victor. Benson paró en el camino de entrada al garaje.

Todo parecía tranquilo en el exterior.

Me bajé del coche de un salto.

—Esperadme aquí —pedí—. Yo me encargo.

—No, ni hablar —replicó la tía Paula saliendo detrás de mí—. Vosotros esperad aquí, nosotras entramos juntas. Ese hombre podría estar armado, cariño, y no quiero que te suceda nada.

—Vaaale —accedí—, pero démonos prisa.

Corrimos a la puerta y la encontramos abierta.

Mi tía me indicó por señas que ella iría por la parte de atrás, así Victor no podría sorprendernos a ambas si nos estaba esperando.

Penetré en la casa casi de puntillas, intentando no hacer ni un solo ruido. Recorrí las habitaciones una a una sin dar con ellos. A mitad del pasillo, me encontré con mi tía, que había entrado por una ventana trasera.

—Estaban cerradas —me susurró al oído—, pero nada que una Black no pueda solucionar.

No encontramos ni rastro de Eric en la casa.

Comenzaba a hartarme de todo aquello, yo solo quería encontrar a mi amigo.

—¡Eric! —lo llamé a gritos—. ¡Eric! ¿Dónde estás?

Y guardé silencio de nuevo.

Me pareció escuchar un grito, pero llegaba ahogado y lejano, muy lejano.

Me dirigí a la cocina, de donde me había parecido que venía la voz, y encendí la luz.

Era moderna y amplia, con muebles lacados en blanco y ningún tirador. Debían de ser de esos que se abrían apretando en ellos. Por supuesto, comencé a apretar toda superficie al alcance de mi mano. Al verme, la tía Paula comenzó a imitarme.

Abrimos todo y, cuando digo todo, me refiero a todo. Solo quedaba un panel alargado junto a la nevera. Mi tía y yo nos miramos, me encogí de hombros y lo apreté.

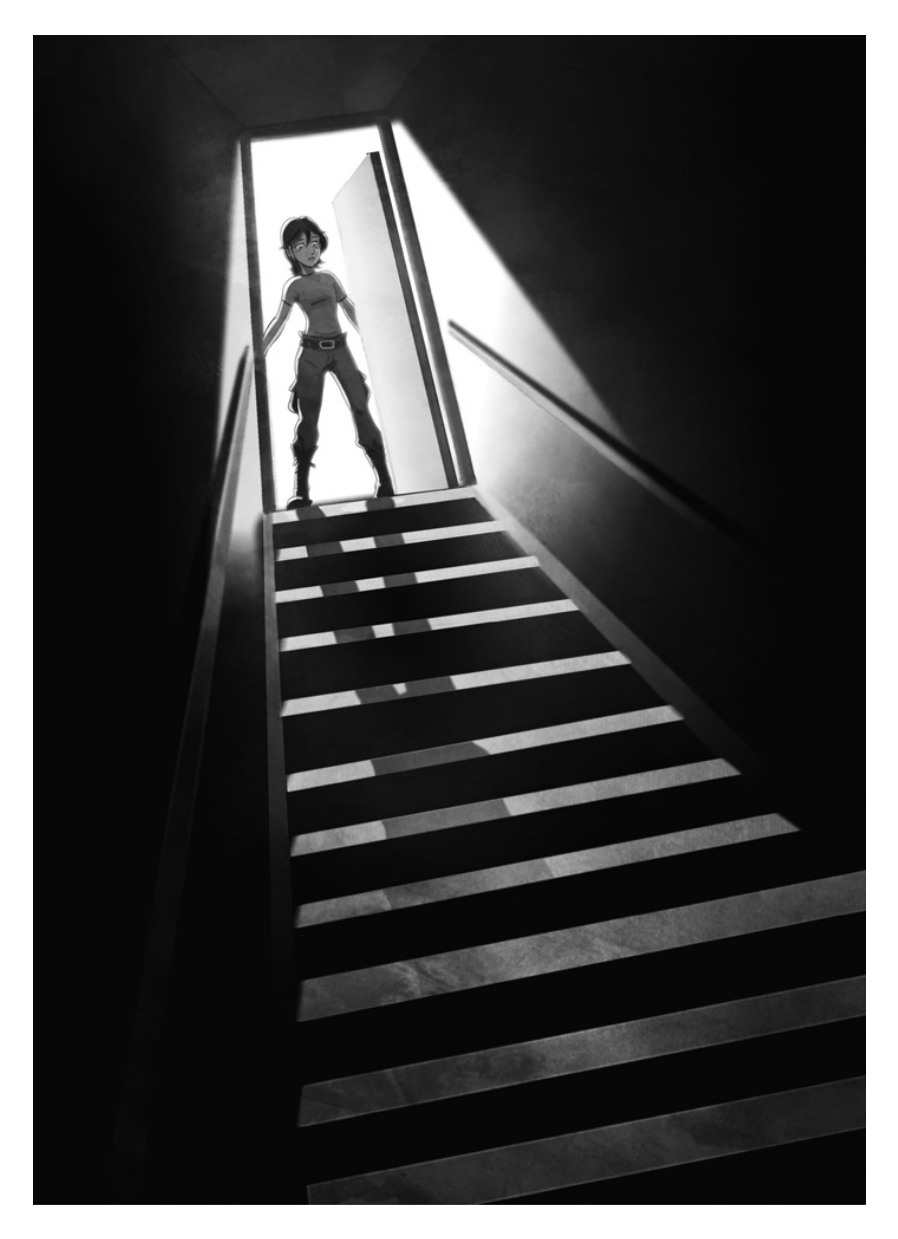
Se abrió dando paso a una escalera que descendía. La luz de la cocina apenas iluminaba los primeros peldaños, así que encendí la linterna y descendimos con cuidado, poco a poco, hasta el sótano.

Allí encontré a Eric atado a una silla y amordazado.

Empezaba a cansarme de encontrarme a la gente de aquella manera.

Victor lo apuntaba con una pistola a la cabeza.

—Largaos y no le pasará nada.



—Yo creo que no le vas a hacer daño —repliqué comenzando a acercarme a ellos.

Vi los ojos de mi amigo a punto de salirse de sus órbitas. Algo me dijo que no aprobaba mi estrategia.

Victor me miró desafiante y apretó aún más la boca de la pistola

contra la sien de Eric.

Yo continué aproximándome a ellos, despacio, sin hacer movimientos bruscos.

Los ojos de Victor se abrieron durante un instante demasiado escaso para, a continuación, convertirse en dos rendijas. Su ceño se arrugó como un papel que alguien aprieta en el puño.

Miré el dedo que reposaba sobre el gatillo.

¿Me había equivocado?

¿Iba a disparar a mi mejor amigo?

Contuve la respiración.

Victor suspiró y todo su rostro se contrajo en un gesto de dolor.

El hombre tiró el arma, se derrumbó sentado en el suelo y comenzó a llorar con desesperación.

La tía Paula se hizo con la pistola y mandó un mensaje a los otros para que viniesen. Después comenzó a desatar a Eric. Yo me arrodillé junto a Victor.

—¿Por qué lo ha hecho? —pregunté sin levantar la voz. Me daba un poco de pena aquel hombre y, viéndolo, creí adivinar sus motivos—. ¿Por qué quería reventar el rodaje de lord Richard?

Y entonces confesó.

Llevaba años a la sombra del director. Mientras lord Richard se llevaba la fama y los premios, a él solo le quedaba el trabajo y el esfuerzo, pero nada del reconocimiento.

Estaba cansado. Él también quería las entrevistas, las invitaciones a fiestas y todo lo demás.

—Pero, Victor… —escuché a mi espalda—. Te he ofrecido dirigir varias veces y figurar yo solo como guionista y siempre has dicho que no. No lo entiendo.

—¡No tengo el talento que tienes tú! —exclamó furioso Victor.

—¡No lo has intentado! —Se enfadó también lord Richard—. A cambio, has preferido intentar hundirme —continuó en tono derrotado—. No lo entiendo, de verdad que no.

Les dejé que hablasen y corrí a abrazar a Eric.

—¿Estás bien? —quise saber—. ¿Te ha hecho daño?

—¡Qué fuerte! No, no me ha hecho daño… ¿Cómo sabías que no iba a dispararme?

—No lo sabía —confesé—, pero he pensado que ni siquiera había provocado los accidentes del rodaje de manera directa. Tan solo encontró el reloj y vio su oportunidad. No creo que hubiese hecho nada de no ser por el reloj maldito.

—Sí, me ha contado que se dio cuenta de que aquel reloj tenía algo malo en el mismo sitio que nosotros, en el museo. Vio las fotos, hizo su investigación y volvió para robarlo, por lo visto, nadie lleva un registro de ese lugar… En el tiempo que lo tuvo, su hermana sufrió aquel accidente y tuvieron lugar los primeros problemas en el set, ya sabes, el incendio y todo eso… Después se lo regaló a lord Richard… y el resto ya lo sabes. ¿Y Rita? ¿Está bien?

—Sí, lord Richard le debía dinero a una gente y la secuestraron para obligarlo a pagar. Al final se lo va a prestar lord Thomas. Su hermano se negó al principio, pero después ha accedido. No veía otra manera de acabar la película.

Eric asintió e hizo una pausa.

—¿Y qué va a pasar con el señor Lab? Me da un poco de pena —dijo bajando la voz para que los adultos no lo escuchasen.

—Supongo que llamarán a la policía —repliqué en un susurro—. Eric, te secuestró y te apuntó con un arma, no puede librarse de esto. Y hay gente en el hospital por su culpa.

—Ya, ya lo imagino, pero entiendo por qué lo ha hecho. No me malinterpretes, no lo comparto, pero lo entiendo. —Miré a mi amigo sin atreverme a hacer la pregunta que quería hacerle—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Por fin me decidí:

—¿Tú te sientes como él?

Eric lanzó una carcajada.

—¿Quién, yo? ¡Qué fuerte! No, Amanda —explicó entre risas—. No niego que, a lo mejor, antes de esta noche, alguna vez he pensado que me gustaría hacer lo que haces tú. Pero hoy he visto lo peligroso que es. —Sacudió la cabeza—. No, prefiero seguir siendo

el hombre en la silla. Total, no es que tú te lleves ninguna fama, solo te llevas el peligro y los golpes.

Poco después, mi tía se acercó a nosotros.

—Chicos, tenemos que hablar —dijo.

Nos llevó a la cocina, donde ya estaban todos los demás y nos sentamos en torno a la mesa. Victor había hecho té y lo estaba sirviendo. Se lo veía triste y arrepentido, caminaba encorvado y cada paso parecía costarle un triunfo. Parecía haber envejecido varios años desde aquella mañana, cuando lo habíamos visto en el rodaje.

Unos minutos más tarde, llegó Benson y anunció que ya había enviado el reloj a su legítima propietaria. Había hablado con ella y había averiguado que, en una de las piezas del interior, había un mensaje grabado. Lo había abierto y había comprobado que el mensaje estuviese allí, que fuese el original, antes de enviárselo. La anciana lo recibiría en un par de días.

Yo suspiré tranquila al saber que nunca más tendría dudas al ponerme mi réplica cada día de grabación.

De aquella manera, poníamos fin a la maldición.

—Ahora que ya estamos todos, quería comunicaros mi decisión —dijo lord Richard—. Por supuesto, si tú estás de acuerdo, Eric. Si te parece bien, no voy a denunciar a Victor.

—Le escucho —replicó Eric. Como siempre, mi amigo no era de apresurarse en emitir opiniones, prefería atender a las explicaciones del director antes que hablar.

—Victor va a indemnizar a Lena, asumirá la culpa de su accidente y va a devolverme el dinero que costó rehacer el decorado que ardió. Aun así, Thomas, necesitaré que me hagas ese préstamo del que hablamos, ya que Victor lo devolverá poco a poco. Me ha pedido perdón… y yo quiero continuar trabajando con él. Vamos a empezar a escribir y a dirigir todas las películas juntos. No me veo capaz de trabajar sin él a mi lado, es fundamental en mi trabajo, y por eso he decidido perdonarlo. Eric… —Lo miró—. Si aun después de haber escuchado mis motivos tú quieres

denunciarlo, lo haremos.

—Siento mucho lo que te he hecho —dijo Victor—. De verdad, lo siento, chico. En ningún caso iba a hacerte daño. El arma era de mentira, me la llevé de recuerdo de una película que rodamos hace unos años.

—El señorito Eric necesitará meditar sobre qué va a decir —aportó Benson—, porque, que yo sepa, entró en esta casa sin permiso. A ver cómo le explicamos a la policía que buscaba un reloj maldito, claro…

Mi amigo se echó a reír.

—Me parece bien todo. Me alegra que hayan podido ponerse de acuerdo en esto. Yo tampoco quería denunciarlo —se dirigió a Victor—. Te entiendo, yo también suelo estar a la sombra de alguien mejor que yo. —Me miró al decirlo y me cogió la mano.

—Eh, que yo no soy mejor que tú… —protesté—. Solo hago otras cosas. Tú eres el mejor en lo que haces.

—Lo mismo que Victor —añadió lord Richard—, es el mejor guionista que conozco y ahora va a ser uno de los mejores directores. Prometo ayudarte a dirigir si tú prometes enseñarme a escribir.

Lord Richard se puso en pie y le tendió la mano para cerrar el trato. Victor se levantó de la silla y le estrechó la mano, pero se sentía tan feliz que el apretón de manos se convirtió en un abrazo lloroso entre los dos viejos amigos.

Nosotros asistimos a la escena emocionados. Nadie en la habitación quería delatar a Victor y él había prometido no volver a intentar nada igual. Estaba arrepentido y avergonzado de sí mismo.

La envidia lo había vencido una vez y no pensaba volver a permitir que eso sucediese.

Epílogo

El rodaje acabó algunas semanas después sin más incidentes.

La legítima propietaria del reloj nos escribió agradeciéndonos su devolución. Nos contó que lo había llevado al panteón de su familia, donde reposaban los restos de su abuelo, y lo había dejado en una urna que había junto a la lápida del relojero. Esa urna había estado esperando, vacía, el regreso del reloj.

—Hay algo que no entiendo… —dije unos días más tarde, charlando con Benson durante uno de los descansos del rodaje—. ¿Por qué si el reloj estuvo todo ese tiempo en el museo no hubo muchas más películas malditas?

—Lo único que puedo decirle es que no lo sé —rio el mayordomo—. De nuevo entraríamos en el mundo de las conjeturas, aunque no negaré que algo he pensado sobre el asunto. Me preguntaba cuándo se daría cuenta. ¿Quiere que le cuente mi teoría?

—Vale, por mí perfecto, ¿qué crees que pasó?

—Veamos, querida niña, el relojero maldijo a quien tuviese el reloj en su poder… —comenzó Benson—. Imagino que, cuando lo metieron en el museo, no tuvo ningún propietario. Por lo visto, nadie lo reclamó y supongo que, fuese quien fuese el ladrón, solo se alegró de poder deshacerse de él de aquella manera.

—Hasta que el señor Lab lo robó… —continué el razonamiento del mayordomo— y comenzó a tener mala suerte no solo en el rodaje, sino también su hermana tuvo aquel accidente. ¡El reloj lo reconoció como propietario!

—Eso es. Una vez que tuvo un nuevo propietario, la maldición volvió a ponerse en marcha —concluyó Benson.

—¡Y por eso se lo regaló a lord Richard! ¡Para mantener a su familia segura! —Benson asintió con una sonrisa—. Sí, creo que como teoría tiene lógica.

—No obstante, nunca podremos comprobarla.

—Me da igual, a mí me sirve —repliqué satisfecha.

Yo solo quería una explicación y aquella parecía válida.

Cuando acabó nuestro trabajo en la película, volvimos a casa. Yo me llevé de recuerdo la réplica del reloj que Eric había encargado al señor Logan. Sí, fue a buscarla cuando el anticuario le llamó y me la regaló. No obstante, antes de que eso sucediese, Rita me agradeció mil veces que la rescatase, pero, por supuesto, tuve que mentirle cuando me preguntó cómo lo había hecho. Le conté que vi cómo se la llevaban y decidí seguirlos en un taxi y que tardé más de tres horas en conseguir sacarla de allí porque no sabía qué hacer y blablablá. No sé cómo, pero se lo tragó. O, si no lo hizo, tampoco dijo nada. Estaba demasiado agradecida y había pasado demasiado miedo como para plantearse nada más. Eso sí, empezó a ser mucho más amable conmigo.

En aquel almacén sucio y sin ventanas, había llegado a la conclusión de que había personas —yo, para ser exactos— en las que merecía la pena confiar. Me había tratado mal y, aun así, yo había acudido en su ayuda cuando lo había necesitado.

Después de su secuestro, también se disculpó con Eric y conmigo por lo sucedido con los fotógrafos. De hecho, eso era lo que había querido decirme en su caravana el día que la secuestraron. Se había dado cuenta de que había actuado mal y de que tendría que haber protegido a Eric en lugar de dar rienda suelta a su vanidad y a sus ganas de aparecer en los titulares de la prensa rosa.

Y la perdonamos, claro.

Y ese fue el principio de una bonita amistad.

Mi relación con ella era de las más extrañas que había tenido nunca: había pasado de admirarla muchísimo a casi no poder

soportarla. Pero luego, poco a poco, desde que la había rescatado de sus secuestradores, la actriz había ido acumulando méritos y ya la consideraba una amiga. Gracias a las largas conversaciones que habíamos mantenido durante las duras semanas de rodaje, también comprendía algo mejor la competitividad del mundo en el que vivía y ya no podía culparla tanto por haber sido tan desagradable conmigo. Al conocerme, había pensado que yo era su competencia, que podría llegar a quitarle papeles. Se había sentido amenazada por mí, puesto que podía hacer cosas que ella no podía hacer… Y nada más lejos de la realidad. Yo estaba demasiado ocupada salvando el mundo como para hacer películas.

A Eric le había sucedido al revés. De no caerle bien había pasado a tenerle mucho cariño, pues, cuando se relajaba, Rita era muy divertida y se llevaban genial. En esas últimas semanas de rodaje, los tres habíamos pasado muchas tardes de risas y charlas en su autocaravana o en nuestro hotel y habíamos conseguido forjar una verdadera amistad.

Rita nos había confesado que no tenía muchos amigos, más allá de su perro, Oak, al que adoraba, pero era muy mayor y, una vez le faltase, estaría sola. Nunca había conseguido hacer muchos amigos, ya que, desde que había empezado a trabajar como actriz, había contado con tutores en los rodajes que se ocupaban de su educación. No pude más que entenderla, era más o menos lo que me pasaba a mí, que tampoco tenía muchos amigos en el instituto… Más que nada porque tener que salvar al mundo casi todos los fines de semana complicaba mucho lo de hacer amigos, aunque eso no se lo dije.

Habíamos hablado varias veces con ella desde nuestro regreso, pero no habíamos encontrado el momento de volver a vernos y eso nos apenaba bastante.

Meses después, cuando la película estuvo terminada, lord Richard nos llamó para asistir al estreno a la *premier* y, por supuesto, dijimos que sí… cuando nos aseguró que podríamos llevar a una persona más, incluso dos, pero Hiro estaba en una misión con

los Herederos.

En el estreno vimos a Rita, radiante como siempre, firmando autógrafos y posando para fotos con sus fans. Cuando nos vio, se acercó a nosotros a toda velocidad.

—¡Hola! ¡Me alegro de veros! —dijo abrazándonos a los dos.

—Hola, Rita —dije con una risa—. Yo también me alegro de verte.

—¿Qué tal? —saludó Eric alegre.

—Ah, tú debes de ser Esme —afirmó Rita separándose de nosotros y mirando a nuestra amiga, que nos había acompañado en aquel viaje.

—Sí, es Esme —dijo Eric tomándola del brazo.

—No me extraña que no quisieras saber nada de mí, Eric —replicó la actriz con una sonrisa—. Encantada de conocerte. Me encanta tu pelo, es precioso… Y tu vestido… es una maravilla.

Esme llevaba un vestido largo de un tono verde esmeralda que resaltaba el color de su cabello y hacía que su piel resplandeciese. Había que reconocer que sabía vestirse. Estaba siempre preciosa.



Esme se sonrojó y se puso muy nerviosa. No todos los días una estrella del cine te elogiaba.

—Gra… Gracias —dijo por fin—. ¿Me firmas un autógrafo?

—Vamos a hacer algo mejor… ¿Por qué no venís a casa después de la peli? Doy una fiesta y me encantaría que vinieseis los tres. Tú

y tú —nos señaló a Eric y a mí—, sois lo más parecido a unos amigos de verdad que tengo y seguro que tú y yo —dijo guiñándole un ojo a Esme— nos vamos a llevar muy bien.

El estreno fue un éxito, me emocioné al ver las escenas que había grabado. Y Eric también. Lo supe porque empezaba a darme codazos y a señalar la pantalla cada vez que aparecía en ella. La tía Paula, lord Thomas, Benson, Rita, Victor y lord Richard me felicitaron al finalizar la proyección.

Me alegré de haber podido ayudar a lord Richard a acabar su película, la había disfrutado un montón. Y no solo porque saliese yo, es que era de verdad divertida y vibrante.

Y si lo de salvar al mundo iba mal, siempre podría dedicarme a ser doble de acción en el cine.

La película maldita

The End

Escrita y dirigida por

Bárbara Montes y
Juan Gómez-Jurado





JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acuciantes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.